

ÁLVAREZ de VELASCO y ZORRILLA, FRANCISCO (1647-c.1703)

*NOVISSIMO DE LA MUERTE*

(En que habla con Dios un agonizante.)

ROMANCE

Ya, Señor, la hora se llega,  
En que mis culpas me saquen  
Del calabozo del Mundo  
Al suplicio deste catre.

¡Ay Dios! ¡Quién vivido hubiera  
Tan dado sólo a este ensaye,  
Que muerto en vida, a la vida  
Muerto oy la muerte me hallasse!

¡Qué dulce oy la mía fuera!  
Sabiendo que en tal combate,  
El vivo en muerte, remuere;  
Y el muerto en vida, renace.

Assi es, pues que Christo al muerto,  
Que en el creyere constante,  
Es a quien la vida ofrece,  
Si morir en vida sabe.

En fin, ya estamos en esta  
Hora triste, formidable,  
La amarga, obscura, terrible,  
Y la solamente grande.

Esta es aquella, que allá  
Desde el vientre de mi madre,  
Aun sin saber yo quien era,  
Sangrienta empezó a espantarme,

Y de quien yo, aun sin aver  
Visto el horrible semblante,  
Huyendo andaba en la cuna,  
Con pueriles ademanes.

Sin saber de quien huía,  
Con mis lágrimas rapazes,  
A otros les pedía llorando,  
Della tiernos me librasen.

En fin, ya estamos en la hora,  
En que desnudo el alfange,  
Tan temido aun desde lexos,  
Su duro golpe descargue.

¡Ha barbaro! ¿Estamos buenos?  
¿Qué error fue el tuyo? ¡Ah, ignorante!  
¿Assi amabas una vida,  
Que tenia un morir tan fácil?

¡Ah, instante, qué débil eres!  
¿Mas qué mucho, si estás, frágil,  
Texido de los subtiles  
Cabellos de otros instantes?

¡Ay gran cero, lo que importas  
En el fin deste quadrante!  
Antes valías nada apenas,  
Y ya eternidades vales.

¡Ay vida! ¡ay muerte! ¡ay angustias  
Y ay deleytes! ¡Qué falazes,  
Para serme aquí verdugos,  
Os fingiais tan agradables!

Ay qué tarde reconozco,  
Que en cada uno fiero un áspid  
Criar quise, para que ahora  
Su veneno en mi derrame.

¡Ay qué cruel carnicería  
Del corazón todos hazen!  
Queriendo aparte cada uno  
Llevarse su mayor parte.

De que se sigue (¡qué horror!)  
Que al pelear por él tenazes,  
Atamos indivisibles  
Hagan de su misma carne.

En fin, en fin, ya nos vemos  
En las tan medrosas calles  
De la última enfermedad,  
Que a la de la muerte salen.

En donde, mudando oficios  
Los dolores incessantes,  
Son pregón, y pregoneros,  
Verdugos, potros, y alfanges.

Ya las facciones deshechas,  
Y en todo desemejantes,  
Borrones son, que del rostro  
Confunden la antigua imagen.

Tan otro ya, que pudiera  
La resolución probarse  
Hasta la materia prima,  
Con mi tan otro semblante.

Pues aun sin tener la forma  
Cadavérica, al hallarme  
Tan otro, veo que en mi ay otro,  
Que no es el mismo que era antes.

Ya entre todos mis asombros  
No ay cosa que mas me espante,  
Que este tocarme sin verme,  
Que este verme sin mirarme.

Porque ya el tacto perdido,  
Ni distinguirse a si sabe,  
Ni aun para buscar su alivio,  
Moverse ya el cuerpo inhábil.

Ya empañados talcos negros,  
De los ojos los cristales  
Horrores son mas, que adorno,  
Que en luz de pavesas arden.

Ya en el pecho los suspiros  
Dardos son, que penetrantes  
En él blandiendo se quedan,  
Sin poder dél arrancarse.

De su Rey crueles Ministros

Los espíritus vitales,  
Que con fingidos socorros  
Lo destruyen mas infames;

A él en tropel todos suben,  
Mas siendo por fomentarse  
Con su calor, con lo mismo  
Que lo sirven, lo deshazen.

Lóbrega ya en la razón  
La luz, solo arde inconstante,  
Para que con ella vea  
Como es un vivo cadaver.

Ya desde este, que del cuerpo  
Horror al sepulcro añade,  
Sobreviviendo estoy triste  
A mis propios funerales.

Ya ni aun a desear me atrevo  
El alivio, porque inhábil  
Hasta los deseos me pesan,  
Como una carga muy grave.

Ni a buscarlo en los suspiros  
Me atrevo, porque al quexarme,  
Enlazado en ellos propios  
El corazón no me saquen.

Ya informes los ayes tristes,  
Aun sin llegar a ser ayes,  
Congelos en las entrañas  
Son, que matan a sus madres.

Y los que por verse libres  
De sus internos rechazes,  
Tropicando s hasta los labios,  
Por ellos quieren salvarse.

Más, que el mismo ahogo, ferozes,  
Desfalleciendo cobardes,  
Si estoques son en el pecho,  
En la garganta dogales.

¡Oh qué tal estará un triste,  
Quando, al querer alentarse,

Ve que sus mismos resuellos  
Son sus mas crueles puñales!

Quando es la respiración  
Espagirica, que sabe  
Triturar en ella misma  
Los tósigos mas mortales.

Quando mudado en veneno  
Hasta el anhelito frágil,  
Haze que el ambiente puro,  
Teñido del, se contagie.

Quando no hallando el aliento  
Débil tabla en que arrojarse,  
A ser se queda en si mismo  
Su escollo mas formidable.

Mas en medio de tener  
Sólo en la muerte implacable  
Fundadas las esperanzas  
De salir de tantos males.

Al oír en ellos de cerca  
El ruido ya de las llaves,  
Que las puertas de la muerte  
Con su mismo rigor abren.

Temo asustado, y quisiera  
Poder sin ella librarme  
De mis dolores, mas ¿quién  
Siente salir de su carcel?

¿Quién no ama su libertad?  
¿Quién a sus cadenas se ase?  
¿Quién compra su captiverio?  
¿Quién su esclavitud aplaude?

SONETO.

Si la muerte se nutre del vivir,  
Luego ella sin la vida ha de acabar;  
Pues ¿por qué por mi bien no he de desear  
Salir de los temores del morir?

¿Quién jamás ha querido resistir  
El consuelo, en que ahoga su pesar?  
Si es más muerte el nacer, que el espirar,  
¿Quién siente el no tener ya que sentir?

Si aun su nombre no más me causa horror,  
¿Qué temo no tener ya que temer,  
Si es de Dios ofendido mi temor?

Por eso mismo lo he de deponer,  
Pues voy a un Tribunal, donde el amor  
Defensa, y Abogado sabe ser.

PROSIGUE.

Animo, pues, corazón,  
No assi pretendas, cobarde,  
Por no morir, que la muerte  
Ya de morir no te saque.

¿Qué tienes que hazer ya aquí?  
¿A padecer sólo achaques,  
A sólo llorar congoxas,  
Deseas contumaz quedarte?

¿Qué gustos acá te esperan?  
¿Son glorias las soledades  
Para tí? ¿Qué cosa ay viva  
Ya acá, sino tus pesares?

SONETO.

Murióse mi puericia, y juventud,  
Mi adolescencia, y mi viril edad,  
Murióse en su furor mi vanidad,  
Y en sus relaxaciones mi salud.

Murióse mi arrogancia en su inquietud,  
Mis gustos en mi triste soledad,  
En amigos, y padres la amistad,  
Y en mi querida esposa mi quietud.

Y pues muerto ya todo, no ay qué hazer,  
Vamos del que nos echa Mundo atroz,

A María, y otros Santos oy a ver:

Vamos, pues, que nos llama ya la voz  
A ver amigos, padres y muger,  
Y sobre todo, cara a cara a Dios.

PROSIGUE.

Luego quando árbitro fuesse  
Yo de vida tan variable,  
Debía, por mi proprio alivio,  
Desear della desatarme.

Mas ¡ay de mi! que aunque son  
Del cuerpo tan incurables  
Las heridas, ni aun bosquexo  
Son de las espirituales.

¡Oh válgame Dios! ¡Qué estruendo  
Se oye en las profundidades  
De aquel ruidoso silencio,  
En que la triste alma yaze!

¡Qué miedo haze en mis discursos!  
¡Qué horror en mis sustos haze!  
¡Qué assombro en mis pensamientos!  
¡Qué ruido en mis soledades

¡Qué baraxadas especies,  
Qual de abexas ebrio enxambre  
En confusos esquadrones  
Tal vez se ve por el Ayre!

Qual ovas, que engendra varias  
Aguacero en un estanque,  
Que de unas gotas se forman,  
Y con otras se deshazen.

¿Qué tristes sombras son estas  
Tan nocturnas, tan fatales,  
Que assi a eclypsar las potencias  
De lo hondo del alma salen?

Quando instantáneos fulgores  
De relámpagos mentales,

De sus mismas luces texen  
Sus tinieblas mas tenazes.

Mostrando en breves fusiles  
Aquella, que solo baste,  
Para que con ella puedan  
Sus sombras verse palpables.

Ya el enigma tan difícil  
De dividir la agradable  
Luz de las tinieblas, se halla  
En este Orbe interno fácil.

Y aquí la ilación de que,  
Si division hubo, sale  
Que hubo unión, y que no puede  
Esta en luz, y sombras darse.

Y aquí se ve, que aunque unidas  
En un cuerpo solo se hallen,  
Horrores forman las sombras,  
Y luzes la luz brillante.

Aunque a este tiempo también  
En opuestas qualidades,  
Si la luz sombras concibe,  
Las sombras luzes malparen.

Porque aunque la que amanece  
En los confusos celages  
De una Christiana esperanza  
Como una centella errante.

Con las que el conocimiento  
Proprio tinieblas esparce,  
Ahogada la luz de aquella,  
En sus assombros naufrague.

Siendole ya la memoria  
Sombra, y luz, porque a su examen,  
Su Nadir mas tenebroso  
En su mismo Cenit halle.

Ya veo (¡ay Dios!) que en varias formas  
Mis enemigos puntuales,  
La paga de sus servicios

Se anticipan a cobrarme.

Ya me dizen, que ya es tiempo  
De que logren mis maldades  
El fruto de sus locuras  
En aquella eterna cárcel.

Que baxe, que baxe aprisa  
Ya con ellos a acostarme  
Por toda una eternidad  
En aquel de fuego catre.

Y que aun si me queda alguna  
Esperanza de salvarme,  
Ofendo a vuestra justicia,  
Y es esta otra culpa aparte.

Y citándome a Augustino,  
Me dizen, por desahuciarme,  
Va muerta la penitencia,  
Que solo en la muerte se haze.

SONETO.

Y pues, Señor, ¿cometeré atrevido,  
Porque no se me escape algún pecado,  
El crimen de morir desesperado?  
No, mi Dios, aunque os vea tan ofendido.

Seé que para poder enternecido,  
Sin injusticia, deponer lo airado,  
En una Cruz pusiste a vuestro amado  
Hijo, en que os desarmó con lo rendido.

Poned, pues (¡ay mi Dios!) en la eminente  
Romana della fiel, con mi malicia,  
De su Sangre una gota solamente:

Veréis cómo podéis, sin injusticia,  
Dar con ella por libre al delincente,  
Por más que contra él clamo la justicia.

A VARIOS ASSUMPTOS.

## ROMANCE

Bien que reconozco, han sido  
Tantas mis iniquidades,  
Que en vuestra sabiduría  
Solo su numero cabe.

Que solo vuestra paciencia  
Pudo sufrir culpas tales,  
Como perdonarlas solo  
Vuestras inmensas piedades.

Porque abusando yo dellas,  
Con mis porfías tan tenazes,  
Hize, que oy de defensoras  
A querellantes se passen.

Con que teniendo cerrado  
Su puerto por todas partes,  
Fugitivo de su enojo,  
No sé adónde sepultarme.

## SONETO.

¿A donde iré, Señor, que desde luego  
No encuentre con mis culpas, y tu enojo?  
¿Adonde? A esse Costado, a que me acojo,  
Para esconderme entre su mismo fuego.

Esse lugar, en que te herí tan ciego,  
De tu ira huyendo, por mi asylo escojo,  
Conocimiento es tuyo, más que arrojo,  
El irme a él a buscarme mi sossiego.

Desde oy, pues, en su Templo retraído,  
No saliendo, Señor, de tu costado,  
Protesto estarme en él siempre escondido.

Porque al buscarme mi enemigo airado,  
Por no entrar al Sagrado de esse nido,  
Sin peligro me dexe en su Sagrado.

## ROMANCE

Mas ay, mi Dios, que sabiendo  
Como mis culpas audazes  
Sala del Crimen han buelto  
La que Audiencia es de piedades.

Aun más, que en vuestra justicia,  
Llego a temer el hallarme  
En juicio con ellas, viendo  
Quántos me han sufrido ultrages.

A pisarlas llegué, quando  
Por ver sus benignidades,  
Escalas della hize loco  
Para culpas mas mortales.

Haziendo, por persuadirme,  
Que el tardarse en castigarme,  
Sería por reconocer  
No eran tantas, ni tan grandes.

Y sorteandoos como a un niño,  
De vuestras mismas bondades  
Me valí, para torearos,  
Y lograr mejor mis lances.

Capa de un *Pequé* supuesto  
Desleal hize por instantes,  
Procurando divertirlos  
Con propósitos vocales.

Con pueriles devociones  
Cegaros quise ignorante,  
Porque al toparos con ellas,  
Vuestras iras no me hallassen.

Mas ni aun por esto, Dios mío,  
En estos ayes finales  
Me ha de quitar mi enemigo  
El que tierno a vos no clame.

SONETO.

Ya que en la deste lecho Cruz penosa,  
Conociendo tu amor, perdón te pida,

Merezca, gran Señor, en mi partida  
Verme en el Reyno, que ya Dimas goza.

Si era, Señor, de padecer ansiosa  
Tanta su sed, por qué la cruel herida  
De Longinos quisiste, que sin vida  
Te hallara con la Lanja rigurosa.

Dixera yo, que porque tu alma clara  
Quiso antes ir al Padre, a que le diera  
El sí al clamor de que le perdonara:

Para que cuando a herirte se atreviera,  
Aun antes que el Costado te rasgara,  
El perdón prevenido en él tuviera.

PROSIGUE.

Y pues ya en esta jornada  
De tan difícil passage  
A los más diestros, y en donde  
El más rico es mendicante:

Yo, por mi dicha, he logrado  
En aquel Pan inefable  
Luz, Viático, y Passaporte,  
Que al Puerto con bien me saquen:

SONETO.

Pues me dizes, Señor, no avrá tan duro  
Padre, que dé por pan a su hijo hambriento  
Una piedra, vos menos argumento,  
Que haze al favor del que oy en vos procuro.

Yo os pido el Pan, que descendiendo puro  
Del Cielo, es de sus Angeles sustento;  
Hazed no buelva en piedra al alimento  
El duro mármol de mi pecho impuro.

¿Ha de tener, Señor, por mi desgracia  
Mas fuera el pedernal de mi dureza,  
Que la que en esse Pan ay eficacia?

Hazed, pues, no haga yo con mi vileza  
Un Dios de piedra, si que vuestra gracia  
De una piedra haga un Dios con su fineza.

#### PROSIGUE.

Y pues perder no pudiera,  
Porque a un muerto se aplicasse  
La triaca, la virtud propria  
De sus nobles qualidades.

Menos en mi la mejor,  
Que con otros seis raudales  
Del Mar de vuestro Costado  
Dio en corrientes eficazes.

Digo, aquel oleo, que quiso  
Vuestro amor, se preparasse  
En el horno de su Pecho,  
Para los agonizantes.

Logre oy en mí su virtud,  
Porque en sus actividades  
Se vea que esta si la tiene  
Para sanar a un cadaver.

#### SONETO.

Si solía ungirse de óleo cautamente  
El diestro Gladiator, porque en el vario  
Combate de la lucha, su contrario  
Asirlo no pudiesse fácilmente.

Yo con oleo mejor, mas diestramente  
Ungirme oy quiero, porque mi adversario,  
Al forcejear conmigo temerario  
Burlado se halle en su furor ardiente.

Deste oleo los sentidos prevenidos,  
Para lucha de tantas contingencias,  
Oy se ven por su dicha defendidos.

Repetid, pues, Señor, vuestras clemencias,  
Para que con la unción de los sentidos,

De sus lazos se libren las potencias.

PROSIGUE.

Mas quando me falte todo,  
Quando hasta las mismas llaves  
De llanto, que los cerrojos,  
Que echó la culpa, abrir saben.

Quando ya del triste Aberno  
A las mismas puertas me halle,  
Y para entrarme a sus hornos,  
Vea que sus ministros salen.

Aun me queda aquella franca  
Puerta Real, por donde caben,  
Sin apremio, aun en sus culpas,  
Los más sobervios Gigantes.

Madre de Dios, vos sois ésta,  
De condicion tan afable,  
Que aun siéndolo, permitís  
Que yo también Madre os llame.

Favor, favor, pues ya me hallo  
En aquel negocio grave,  
Para cuya hora os pedía  
Siempre en vida me amparasseis.

Ya ésta es la hora de que sepa  
Por mí el Infierno, que nadie  
Puede invocar vuestro Nombre,  
Que dél no salga triunfante.

De aqueste la quilatera  
Sea yo, porque en mi se ensaye  
Lo que vale, pues a mí  
También su piedad me vale.

Desahúciense los demonios  
De que, pues yo en este trance  
Los burlo, no avra ninguno,  
Que en sus escollos naufrague.

Y pues vuestro Hijo benigno

Me dexa que hasta aquí os llame,  
Señal es, que de su enojo  
Oy quiere por vos librarme.

#### SONETO.

¿Para qué hasta oy, Señora, por mi suerte,  
Tu devoción dexaste en mi esculpida,  
Si no avía de lograr en mejor vida,  
La que por ella se halla con la muerte?

Aun en los sustos del Baratro, advierte  
Bernardo a la esperanza más perdida,  
No dexé de invocarte confundida,  
Porque en tu Nombre con su dicha acierte.

Yo, pues, Señora, aun quando ya me miro  
De sus sangrientos lobos triste presa,  
Tu Nombre invoco, y a su amparo aspiro.

Y pues yo lo hago, logre tu fineza,  
Sea, por mi dicha, a mi primer suspiro,  
Yo la prueba mejor desta promessa.

#### ROMANCE.

Mirad, que no es gloria vuestra,  
Que mi enemigo se alabe  
De que ya, buscandoos, hubo  
Pecador, que no os hallasse.

Ea, favor, Benigna Reyna,  
Lograd en mí el mejor lance,  
Que hasta aquí a vuestro poder  
Pudo otro alguno brindarle.

Sacadme a mí de mí mismo,  
Y porque el perdón alcance,  
Sin riesgo, por vuestras manos  
Mi processo hazed que passe.

Que si yo esta dicha logro,  
Bien sé, Señora, que aun antes  
De leerse, estarán borradas

Culpas tan inexplicables.

Ea Santos, y Amigos míos,  
No assombro, o vergüenza os cause,  
El que vuestros ruegos puedan  
En mó solo malograrse.

Si a los que, por un Becerro,  
A Dios dexaron desleales,  
Pudo alcanzar un Moysen,  
Que su ira por el templasse.

Aunque yo lo aya dexado,  
Por ídolos mas infames,  
Si por mí rogáis vosotros,  
¿Quién duda el azero embayne?

SONETO.

Aquí aora, mis Santos, y Devotos,  
He menester vuestro socorro tierno,  
Mirad que allá en el golfo del Infierno  
No sirve la destreza en los Pilotos.

Qué gloria os puede ser, que aunque remotos,  
Al verme echar en aquel lago eterno,  
Escarnios se oygan por el hondo Aberno  
De vuestra protección, y de mis votos.

Mirad, que quantas fueras mi malicia  
Les da, si me sacáis desta palestra,  
Será gloria mayor de essa Milicia.

Si ellos piden justicia a Dios, la vuestra  
Piedad le pida, que si la justicia  
Es más executiva, ésta es más diestra.

PROSIGUE.

Mas enmedio ya del Circo,  
En que contra mí combaten  
Fieras de mí nunca vistas,  
Monstruos nunca imaginables.

Aun me queda el esencial  
Refugio, de que privarme,  
Ni aun vos podéis : qual será  
El que llega a ser tan grande.

Si señor, pues ni aun mis culpas  
Pueden, por crueles, quitarme,  
El que vos no seáis, mi Dios,  
Ni a mí el no creerlo constante.

Tampoco impedirme pueden  
El que yo no os llame Padre;  
Ni el no ser hechura vuestra,  
Renovada en vuestra Sangre.

Tampoco de mi alma pueden  
Borrar el feliz carácter  
De Christiano, que el Baptismo  
Me dio por nuevo rescate.

Con que con bienes como estos,  
En medio de tantos males,  
Aun mis esperanzas locas  
No serán temeridades.

Y assi, al pie de aquesse Leño,  
En donde muerto el Amante,  
Nace el amor mas valiente,  
A vos suspiro, escuchadme.

#### SONETO.

Pues ya, Señor, en mi dolor será  
Este el postrer suspiro que a ti dé,  
Quanto pierde por mí, confiado sé  
Que en ti, por ser suspiro, ganará.

O lo que puede un triste, que se va  
A ti con sus lamentos, pues el que  
Como suspiro allá en su Altar se ve,  
A baxar buelve como gozo acá.

Busqué éste en mí hasta aquí: ¿quién, como yo,  
Quiso en sí hallarse, con salir de sí?  
O ¿quién estando en ti, de ti se huyó?

Mas ya que en mí por esto me perdí,  
Perderme quiero en mí, para que no  
Dexe por mí de hallarme sólo en ti.

PROSIGUE.

Ea mi Dios, mi ser, mi vida,  
Vuestra hechura soy, miradme,  
No en mí, si en vos, porque assi  
Pueda en vos de vos librarme.

Mi alma en vuestras manos pongo,  
De la nada liberales  
Me hizisteis, bolved, Piadoso,  
De menos nada a formarme.

Miradme en vuestro Hijo tierno,  
Que yo sé, tengo en su Sangre  
Con que pagar, y me sobra  
Aun para hazeros alcance.

Mi amoroso Padre sois,  
Vos me mandáis que assi os llame;  
Y pues no os corréis de serlo,  
Atendedme como Padre.

En el Cielo estáis (¡qué dicha!)  
¿Quién, como vos, mirar sabe  
Al humilde sin desdén,  
Desde tan altos sitios?

Mirad, pues, Padre amoroso,  
Oy desde él con rostro afable,  
Al que en vos desde este potro  
Espera, y clama constante.

Sea ensalzado vuestro Nombre,  
En que a mí tu Reyno baxe,  
Para que yo a él subir pueda  
Sin nuevas dificultades.

SONETO.

Tu voluntad, Señor, como en el Cielo,  
Se haga en la Tierra de mi pecho dura,  
Porque sin esta mercancía segura,  
El logro es riesgo, y la ganancia anhelo.

Sin ella, fuera el Cielo un Mongibelo;  
Gloria, con ella, esta mansion obscura,  
Porque en la propia voluntad impura  
El puerto es golfo, y precipicio el buelo.

Y aunque yo me hallo en una tierra, en cuya  
Región la mas sagaz sabiduría  
Ciega pretende solo hazer la suya:

Hazed, Señor, que sin hipocresía  
Desde oy mi voluntad haga la tuya,  
Sin querer en la tuya hazer la mía.

PROSIGUE.

El Pan, que también del Cielo  
Baxó, para alimentarme,  
No en mi la virtud malogre  
De las suyas eficazes.

Perdón, mi Dios, que yo a todos  
Mis contrarios de mi parte  
Perdono, porque quisiera  
Sólo a mí no perdonarme.

No me dexéis en esta hora,  
Que es en la que formidable  
La Potestad de las Sombras  
Hazen de la suya alarde.

Mirad, que no ay tentaciones  
Ya aquí, que no sean mortales;  
Pues para esta hora el Infierno  
Ha aguardado el postrer lance.

Libradme del, escondedme  
En vos, porque con vos cante  
En vuestra gloria el mayor  
Triunfo, que pudo esperarse.

Y pues ya la voz no tiene  
Valor, para articularse,  
Dulce Jesús, atendedme,  
Aunque mudamente os hable.

#### SONETO.

Dulce Jesús, que por hazer sagaz  
Verdad el sueño de aquel ciego Dios,  
Desnudo ardéis en esse Leño atroz,  
Ciego sin venda, armado sin carcaj .

Ciego, porque aun previendo perspicaz  
Las culpas deste monstruo tan feroz,  
Porque por vuestras Llagas me entré a Vos,  
A pecho abierto me ofrecéis la paz.

Sin flechas, porque en arco más feliz,  
Que es el Iris benigno de essa Cruz,  
Sólo armado de amor con él salís.

Hazed oy, pues, Señor, con vuestra luz,  
Que buelto a vos de caos tan infeliz,  
Seáis para mí Jesus, Jesus, Jesus.

#### PROSIGUE.

Mas ya que el habla me falta,  
Oy con vos, o Cruz triunfante,  
Mientras el alma medrosa  
Deste horrible cuerpo sale:

Abragado de esse Leño,  
Que a tantos sirve de Nave,  
Os hablará mi silencio,  
Que es vuestro proprio language.

NOVISSIMO DEL JUICIO,  
Insinuado en la consideración de una metáfora.

#### CANCIONES REALES.

## I

Contemplo, fuimos ciegos dos geminos,  
Hijos de un Rey; más que a una cartel a ambos  
Nos envió, donde hallamos por sentencia,  
Que si observásemos sus leyes finos,  
El nos daría la vista algún día a entrambos,  
Y con ella el lograr, con su presencia,  
De su Trono la herencia,  
Sus Reynos dilatados,  
Sus riquezas, y Estados,  
Porque quería, que fuese el captiverio  
El campo en que ganásemos su Imperio;  
Mas que si a ellas faltásemos errados,  
Burlando en sus preceptos su amor tierno,  
Sería el Barathro nuestro alvergue eterno.

## II

Que al fin se llegó el término, y el día,  
En que salimos ambos ya con vista  
Ante el Rey, mas con esta diferencia,  
Que mi hermano con súbita alegría  
Abrió los ojos, viendo en su conquista  
Logrado, por su cándida obediencia,  
Su Trono, y opulencia:  
Y yo, por imprudente,  
Los míos tan solamente  
Para ver, por mis culpas, y mis vicios,  
Mudados los Palacios en suplicios:  
Y el que, por Regio, Solio eternamente  
Puede ser, en un lago tenebroso,  
Mi alvergue obscuro, y negro calabozo.

## III

Considero, que entonces maniatado  
Me vi ante aquel Rey tierno, y ya implacable,  
Que por no ver su enojo, desde luego  
Tomara hallarme ya precipitado,  
Y en aquel Mar de llamas insondable,  
Con cuya vista, se prendió en mí el fuego  
De ver quan loco, y ciego,  
Despreciando ignorante  
A un Padre tan amante,

A un Rey tan manso, y a un tan fiel Amigo,  
Lo troqué por un Tártaro enemigo,  
Por un potro un Imperio; y delirante,  
Por una, al fin (¡o fúnebre memoria!)  
Eterna carcel, una eterna gloria.

IV.

Desde allí entonces, viendo aquel inmundo  
Amortajado cuerpo, por quien loco  
Me hallaba en aquel riesgo tan terrible,  
Conocí en su asco lo que fue en el Mundo,  
Creciendo mi dolor, al ver quan poco  
Me duró su amistad, y que impassible  
El se iba ya insensible  
A la quieta, aunque obscura,  
Sin penas, sepultura;  
Y yo, quizá por él, al otro esquivo  
Sepulcro eterno, y calabozo vivo:  
Y al fin, sin su prisión (cárcel impura)  
Con un saco de víboras por gala,  
Se halló assi mi alma en una horrible sala.

V.

¡Qué huérfana! ¡Qué absorta! ¡Qué turbada!  
¡Qué confusa! ¡Qué sola! ¡Qué corrida!  
¡Qué triste! ¡Qué assombrada! ¡Qué llorosa  
Se vio, toda en sus culpas anegada!  
De su misma conciencia convencida,  
En aquella Real Sala pavorosa  
Del Crimen temerosa,  
En donde, siendo airado  
El Rey el agraviado,  
El reo es convicto, y en su inútil llanto,  
Contestes los testigos, y el juez Santo;  
Sin dudas, el processo comprobado;  
Sin razon, ni poder el delincente;  
Y el demandante astuto, y diligente.

VI.

¡Qué magestuoso! ¡Qué severo, y recto  
Se muestra el Rey Supremo en su alto Trono!  
Y mi Angel ¡qué confuso! ¡qué corrido!  
Al ver no tiene ante su Real respecto

Cosa ya que alegar más en mi abono;  
Y aquel Celeste Gremio, ¡qué afligido!  
Al ver que assi ha querido  
Una alma, por profana,  
Perderse, y que la gana,  
Sin costa el enemigo en su querella,  
Quando la pierde quien murió por ella:  
Y que aquel de sus Llagas dulce nido  
Sea duro escollo, en cuyo Puerto mismo  
Se hunda esta Nave para el hondo Abismo.

## VII.

Porque aquí ya no vale la riqueza,  
Las presas singulares, ni las joyas,  
La maña, la eficacia, ni artificio,  
El engaño, la astucia, y sutileza,  
Las falacias, industrias, y tramoyas,  
La dadiva, el soborno, y desperdicio,  
Porque en este Real juicio  
No tiene con decoro  
Lugar ya alguno el oro,  
Ni tampoco las lagrimas, ya ociosas,  
Ni el respeto a otros fines, ni al tesoro,  
Ni la falsa humildad, ni la arrogancia,  
Ni la vana eloquencia, ni elegancia.

## VIII.

Porque una luz, que allá confusamente  
Alumbraba (aunque entre humos eclipsada)  
Que es la que acá se llama intención recta,  
Es la fiel vara, que mostrando ardiente  
De toda acción la intrínseca zelada,  
Descubre qual fue iniqua, y qual perfecta;  
Qual iniqua, y qual recta;  
Porque ya en esta viva  
Región de luz activa,  
Dividiendo la luz de las tinieblas,  
Mostrando la que della se deriva,  
Que muchos que allá passan por Planetas,  
Son acá solo pálidos Cometas.

## IX.

Porque los que viviendo, apenas fueron

Átomos al mas Lince perceptibles,  
Ya aquí se ve que suben a obeliscos:  
Y los que por pelillos se tuvieron,  
Maromas, por robustas, invencibles,  
Las ramas montes, las arenas riscos,  
Las moscas basiliscos,  
Los gusanillos Leones,  
Las hormigas Dragones,  
Los ocios, y descuidos mas ligeros,  
Serpientes venenosas, monstruos fieros;  
Porque ya en estas diáfanas Regiones  
No tiene fuerzas contra el desengaño  
Del proprio amor el hechizero engaño.

X.

Ya descubierta acá la inadvertida  
Pereza veo, que madre de mis males,  
Fue allá una musaraña encantadora,  
Y la omission en su ilusión dormida  
Una apacible Mágica Pandora,  
Y en su inquietud traydora,  
Una víbora mansa  
La vana confianza,  
La inercia una raposa, y un sangriento  
Cocodrilo voraz el dexamiento;  
Y a este modo otras culpas, que en su alianza,  
Siendo en el Mundo apenas reparables,  
Acá son unos Monstruos formidables.

XI.

Ya muchas, que por cándidas acciones,  
En sus tinieblas lóbregas corrieron,  
Ya se vee acá, que fueron insolentes,  
Por bolver mercancías las devociones,  
O que, a lo menos, sin substancia fueron;  
Y otras, si no del todo delinquentes,  
Vagas, o impertinentes;  
Pues buelta maña ociosa  
La quietud infructuosa,  
Se vee que solo fue, sin ejercicio,  
Mystica diversion, devoto vicio:  
Y aun siendo esta la menos peligrosa,  
Ay otras, que acá se hazen, sobre impropias,  
Aun mas mal vistas, que las culpas propias.

## XII.

Ni acá se vee si son, o no, contrarias  
Al vicio algunas sombras de virtudes,  
Sino al fin dellas, pues en su exercicio  
Suelen las mismas ser, aunque tan varias,  
Como son, los bullicios, y quietudes,  
La economía falaz, y el desperdicio,  
El mañoso artificio,  
Y la clara llaneza,  
La changa, y la tristeza,  
El astuto silencio, y parlería,  
La inútil soledad, y la alegría;  
Y al fin, otras, como estas, importunas  
Mañas opuestas, y en los fines unas.

## XIII.

Ya en esta luz se dexa ver que aquellos,  
A quienes yo adoraba como amigos,  
Y aun a quienes serví como a señores,  
Aquí me son verdugos, pues por ellos  
Nuevos, que rezelar, tengo castigos;  
Al tiempo que ellos falsos entre horrores  
Dan priessa en sus pavores  
A que me echen de casa,  
Por irse con tal traza,  
Unos sin este estorvo a sus negocios,  
Y otros a la costumbre de sus ocios,  
Bolviendo algunos solo a hazer la tassa  
De mis bienes, por ver en tal valance  
En qual dellos tendrán mayor abance.

## XIV.

Mas ¡ay de mi! ¡qué varia diferencia  
De inmundos animales ponzoñosos,  
Que traen a cuestras en pesadas cargas,  
Los que, enemigos, de mi residencia  
Probar con ellos quieren cabilosos  
De mis fingidas glorias, quanto amargas,  
Unas cuentas muy largas!  
Ya que en mis devaneos  
Veo fueron mis deseos  
Basiliscos, que mas objetos vieron,

Venenos por los ojos esparcieron;  
Y aun sin ellos también, por más trofeos,  
En mis locas especies la conquista,  
Sin ojos abrasar, matar sin vista.

XV.

¡Válgame Dios, qué varios, qué infinitos  
De mis lascivos vicios, quanto obscenos,  
Salir enxambres miro de escorpiones!  
¡Qué horribles! ¡Qué asquerosos! ¡Qué exquisitos!  
¡Mezclando unos con otros sus venenos,  
Ponzoñosas derraman infusiones!  
¡Qué horribles esquadrones  
De vivoras ardientes  
De escuerzos, y serpientes!  
Que sólo puede sabio distinguirlos  
El que, por su piedad, supo sufrirlos;  
Porque ni aun los verdugos, que impacientes  
Quieren, por su rigor, manifestarlos,  
Ni distinguirlos pueden, ni contarlos.

XVI.

Ya acá, se ve, que fueron los aseos,  
Los festines, los versos, las alhajas,  
Los passatiempos, y los commensales,  
Los coches, los cavallos, los paseos,  
Y otros como estos, como leves pajas,  
Defectos, nunca los conté por tales,  
Unas Coyas mortales,  
No en veneno inferiores  
A otras sierpes mayores,  
Pues bien como las ruedas en las muestras.  
Que todas miran al puntero diestras;  
Assí, no hubo en mi acción, que en sus errores  
No apuntasse falaz, quando más tibia,  
Al torpe blanco de mi cruel lascivia.

XVII.

Y siendo aquestas fieras tan dañosas,  
Aunque a la turbia vista tan contrarias,  
No son acá menores en sus ansias  
Las que figuran como mas monstruosas,  
De mis torpezas las especies varias,

Con el gravamen de las circunstancias;  
Pues las extravagancias  
De mis iniquidades,  
En torpes novedades,  
Tales aquí las veo, por sin disculpas,  
Me dan mas miedo, que mis propias culpas;  
Porque en el crimen de sus liviandades,  
Ciegas miraron mas, que al apetito,  
Al vil antojo del mayor delito.

XVIII.

Qué mucho assi, que aquel feliz tesoro,  
De que juzgué valerme en este trance,  
Sea el que más oy le sirve a mi contrario;  
Porque costeando artillerías con su oro,  
Con ellas logra su postrer avance;  
Porque aviendo abusado temerario  
Yo allá con juicio vario,  
De la Sangre de Christo,  
(Cruel conmigo, y malquisto)  
Assi la derramé con villanía,  
Como pudiera un vaso de sangría;  
Con que assi sale aquí, que por lo visto,  
Oy el Infierno compro sin consuelo,  
Con el mismo caudal, que pude el Cielo.

XIX.

Ya aquí tampoco vale (¡qué agonía!)  
Aquel seguro asylo (¡qué tormento!)  
De María (¡qué dolor! ¡qué triste fuerte!)  
Porque assi como no hubo nunca día,  
En que a cualquier trabajo, o movimiento  
No me amparasse con su braco fuerte;  
Ya aquí, para más muerte,  
No sólo enternecida  
No está, o compadecida,  
Sino que con su enojo, en susto tanto,  
Nuevas añade causas a mi llanto;  
Porque aunque es su piedad tan sin medida  
Por qualquier alma, vista oy mi malicia,  
Más, que a ella, mira a Dios, y a su justicia.

XX.

Porque ya en estas del temor Regiones,  
Las que en la otra servían de luz, y guía,  
Son los Ministros del rigor más crueles,  
(¡Ay de mi!) que en tamañas aflicciones  
No tengo, sin recurso en mi agonía,  
Más que esperar del fallo los cordeles,  
Que por mis tan infieles  
Culpas merezco reo:  
¡Ay de mi! que ya veo,  
¡Válgame Dios! ¡Qué fúnebre oficina!  
Se descubre detrás de su cortina,  
En donde se me muestra del Letheo  
El horno que me espera (¡lance horrible!)  
Que allí puedo ir a dar (¡susto terrible!)

NOVISSIMO DEL INFIERNO.

SYLVA.

¡O formidable! ¡O triste! ¡O nueva tierra!  
Jamás rastreada del humano juicio,  
Ni en hogueras, ni en potros retratada,  
Presidio obscuro de continua guerra,  
Fuego sin luz, universal suplicio,  
Calabozo sin fin, cárcel cerrada,  
República de ingratos,  
Donde todos los tratos  
De tus alevos falsos moradores,  
Son desafueros, iras,  
Rabias, ferocidades,  
Enconos, asechanzas,  
Falsedades, mentiras,  
Sin despique venganzas,  
Rencores sin sosiego,  
Inquietudes sin tino,  
Clamores sin provecho,  
Y en un eterno- inextinguible fuego,  
Un mismo en todos general despecho,  
Un uniforme en todos desatino,  
Porque assi en lo común de tanto anhelo,  
No aya quien a otro pueda dar consuelo:  
Dolor sin esperanza,  
Tormenta sin bonanza,  
Embidia eterna, inconsolable tedio,

Noche perpetua, y fuego sin remedio.

Donde todas tus pláticas furiosas,  
Tus passatiempos, y conversaciones  
Son blasfemias rabiosas,  
Y embueltas en bramidos,  
Sangrientas tristes desesperaciones,  
Tus más sonoras músicas gemidos,  
Tus Ciudades cabernas,  
Mas solitarias, quanto más pobladas;  
Donde nunca amanece,  
Ni ay esperanza de un alegre día,  
Porque la mustia luz, que triste ofrece  
La Aurora destas cárceles Abernas,  
Es la que sólo en llamas atezadas,  
Para nueva agonía,  
Al reo se le concede, porque vea,  
Por el cendal adusto de sus nieblas,  
La densa obscuridad de sus tinieblas;  
Y por estos resquicios,  
Sus horcas, sus cadahalsos, y suplicios,  
Para que assi le sea,,  
El que es alivio en otros, instrumento  
Que nuevo assombro añada a su tormento.

Ni aqui jamás se espera  
El dulce temple de la Primavera,  
Porque en el humo eterno,  
Que de sus hornos sale, y grueso sube  
Al negro techo deste obscuro Polo,  
Forma este caos en un continuo  
Invierno (Pero de llamas sólo)  
De muchas nubes una espesa nube,  
Que de fuego preñada,  
Bombas despide airada,  
Que en un continuo rápido aguacero,  
De rayos, y centellas,  
Globos arroja de encendidas pellas,  
En que cada granizo es un mortero,  
Que rebentando, al caer en su estallido,  
El ruido tanto aumenta  
De la llorosa universal tormenta,  
Que con el confundido,  
Otra le añade nueva  
A la incessante, que en medrosos truenos  
Crugir haze los exes de sus senos,

Cuya continua lluvia,  
Fomento del incendio de su Estío,  
Tanto de llamas ceba  
Un lago tenebroso  
De aquella Region rubia,  
Que del formando un impetuoso Río,  
A servir sale de encendido riego,  
Que en raudales de fuego,  
Por mansiones distintas,  
Comunes en las ansias,  
Si en el modo de penas diferentes,  
Sin anegar sus quintas,  
Fertilizando va con sus corrientes  
La obscura población de sus estancias.

Por unos arenales cenicientos,  
Destas mazmorras tristes alamedas,  
Tropas varias de carros, y forlones,  
Arropados de lutos macilentos,  
De cuyas fuertes, y volubles ruedas  
Alados tiran pálidos Dragones,  
Que escamados Frisones,  
Nunca hechos a más freno,  
Que al de su ira impaciente,  
Escupiendo, y sudando  
Verdinegras espumas de veneno,  
Ansiosos van trepando  
A un peñasco eminente  
Por altos boladores,  
En cuyas tenebrosas angosturas,  
Para dar a la vista mas pavores,  
En el riesgo mayor de sus alturas,  
Se gallardean, y huellan recogidos;  
Porque assi el precipicio del estrago.  
Se exceda en las perezas del amago.

Mas desbocados luego,  
Vereislos arrojarse  
Con ímpetu tan ciego,  
Que qual sobervios Potros,  
Que con su misma cólera se enojan,  
Furiosos apostando a despeñarse,  
Mordidos unos de otros,  
Unos a otros se arrojan  
Por el Volcán de una tajada roca,  
Con ceguedad tan loca,

Que en su indomable anhelo,  
La que empezó en carrera, acaba en vuelo.

Llegan con el a un árido desierto,  
Caliginoso Parque deste Huerto,  
Que en tropas tenebrosas  
Frequenta aquella esquadra de carrozas:  
Oyense dentro dellas en horribles  
Alaridos discordes,  
Por músicas acordes,  
Suspiros, que insufribles  
Forman sus consonancias  
De la unísona voz de dissonancias,  
Y al descompás de fúnebres vocinas,  
Y nocturnas sordinas;  
Trenos funestos, trágicas arpenas,  
En que quedan sus penas  
Lloradas siempre, nunca ponderadas,  
Y en quexas destempladas  
Esta Canción, de todos repetida:  
*¡Ay tristes penas, por mi culpa halladas!*  
*¡Ay gloria eterna, por mi mal perdida!*  
A cuya letra assi otros le responden:  
*¡Ay, cómo corresponden*  
*A falsos bienes verdaderos males!*  
*¡Y a leves gustos penas inmortales!*

Assi al pregón deste continuo canto,  
Ajustado a las cláusulas del llanto,  
Va costeando el paseo las negras calles  
Destos oscuros valles,  
Hasta llegar a la medrosa ronda  
Del mismo Rio de fuego,  
Que derramado por su margen honda,  
Inunda sus orillas  
De azufradas espumas amarillas,  
Lamederos de sierpes, y escorpiones,  
Víboras, vasiliscos, coyas, tayas,  
Que en distintas vandadas, y esquadrones,  
Pastando en el rescoldo de sus Playas,  
Nueva ponzoña criar, embravecidas  
Del furor, que les causan las calladas  
Ascuas, que en sus cenizas escondidas,  
Se dissimulan lentas,  
Para que solapadas,  
Sean sus actividades mas violentas.

En este, pues, obscuro adusto Prado,  
De tostadas escorias alfombrado,  
Flores Aestas malezas,  
Parando van los coches, y calesas,  
Donde con voz horrible el infelize  
Cruel aposentador deste hospedage,  
Mostrando su sobervia en su corage,  
Assi bramando su furor les dize:

Baxad, llegad, venid a los recreos  
Destos de fuego lúgubres jardines,  
Los que en el Mundo en locos galanteos,  
En coches, en combites, en meriendas,  
En faustos, galas, juegos, y festines.  
Con agenas haziendas,  
Con robos, con astucias, e injusticias  
Pleytos, engaños, y superfluidades,  
Ya en sensuales delicias,  
Ya en sobervias, codicias, vanidades,  
Y otros, como estos, locos desconciertos,  
Simples comprasteis estos tristes huertos;  
Entrad a ellos, gozad de sus vergeles,  
Y bolvedlos a andar eternas noches,  
A cuyas voces crueles  
Van descendiendo de los negros coches  
Los dueños dellos, tristes, y amarillos,  
Cargados de cadenas, y de grillos.

Pero no bien apenas  
Con pies medrosos tocan sus arenas,  
Quando mordidos de culebras varias,  
Que en sus riberas pacen solitarias.,  
Que son otros, como ellos, sentenciados  
A gemir, en culebras transformados  
Con la nueva ponzoña,  
Que en su furor retoña,  
Al sentirse pisar de otros dolientes,  
En ellos ceban sus vorazes dientes:  
Assi todos mordidos, procurando  
(Mas siempre sin provecho) desasirse  
De las que por sus cuerpos macilentos  
Se les van con mas ímpetu enroscando,  
Sin poder resistirse  
A tan nuevos tormentos,  
Unos queriendo huir, otros saltando,

Repartiéndose van con iras ciegas,  
Por varias partes destas tristes vegas.

En un recodo dellas arenisco,  
Que este ígneo Marañón en las corrientes  
Bueltas de sus crecientes,  
Por caracoles de torcidos lazos  
Forma,, sangrando en confusion de brazos,  
A modo de Isla, se levanta un risco,  
Y en su eminencia obscura  
Un Palacio de estraña arquitectura,  
Porque sus atrios son unas hornazas  
De coléricas brasas,  
Y los sobervios altos corredores,  
De esta negra Alquería  
Lóbregos miradores,  
Que sobre el Río bolando,  
Forman una espaciosa galería,  
Hasta donde trepando  
En vermejos plumages,  
La está siempre bañando  
El continuo furor de sus olages;  
Y en la triste fachada,  
Que mira todo el campo desta Libia,  
Gravado este padrón en su portada:  
Cárcel De La Lascivia,  
Y entrándose por ella a unos medrosos  
Salones espaciosos,  
Por passadizos de ruidosas llamas,  
Repartidos veréis, en vez de camas,  
Encendidos buitrones,  
En cuyos negros catres acostados  
Veréis sobre colchones  
De enrexadas parrillas  
A los que en blandos, y lascivos lechos  
Compraron engañados,  
Por instantes ligeros,  
Estos eternos trágicos braseros,  
Sobre cuyas hornillas,  
Potros de fuego crueles,  
Varias veréis culebras, que sirviendo  
A un tiempo de verdugos, y cordeles,  
Al irlos con las colas apremiando,  
Huessos les van, y nervios comprimiendo;  
Y al abrir,, blasfemando  
Del intenso dolor, las negras bocas,

Por tormento de tocas,  
Por ellas se les van introduciendo  
Al mismo corazón, y ocultos senos,  
En donde van dexando  
Otra vez, y otras muchas sus venenos.

¿Veis aquél, que en un trágico gemido  
Está en aquellos baños  
De plomo derretido?  
Pues oy cuenta mil años  
Que pena en aquel puesto,  
Y oy empieza a penar en el de nuevo,  
Por solo un pensamiento deshonesto;  
Porque queriendo persuadirse loco,  
Que por ser sus torpezas solo ideadas,  
Importarían muy poco,  
Oy allí experimenta en la tarea  
En que gime lloroso,  
Que no ay en aquel Reyno tenebroso,  
Para culpas de idea,  
Llamas de perspectiva, o dibuxadas,  
Como prueba allí el Principe que es dellas,  
Que siendo Astro del Cielo el mas lucido,  
Oy es negro carbon en sus centellas,  
Por un mal pensamiento consentido.

¿Veis esse otro mancebo,  
A quien anoche dio una apoplejía,  
Y le traxo la muerte de repente  
A esta Region, nadando en su agonía,  
Por vivir torpemente;  
Pues ya de aquel algibe, en que le echaron  
En este mismo instante,  
No bolverá a salir eternamente?  
¿Y aquel otro, de ciego, loco amante,  
Que queriendo en su amor eternizarse,  
Nunca destes horrores hizo aprecio,  
Por persuadirse necio,  
Que con sólo un pequé podía salvarse,  
Y que sólo las glorias lisongeras  
De su deleyte actual eran verdades?  
Ya allí confiessa, fueron todas sueño,  
Ficción, y vanidades,  
Y estas penas las sólo verdaderas.

Allí está aquél también, a quien picando

Están aquellos dos en un tablero,  
Dexándole la boca solo abierta,  
Desencaxada, y yerta,  
Para darle por ella en alimento  
La carne que del mismo van cortando;  
Y como al irla ansioso vomitando  
Otra vez, buelve de essas  
Casi invisibles piezas  
A juntarse, y unirse de tal modo,  
Que qual cierta Culebra, que no puede  
Morir despedazada,  
Porque de sus pedazos esparcidos,  
Reuniéndose otra vez, buelve a formarse.

Assí esse pobre, allí deshecho todo,  
Sin que dél parte quede,  
Que no sea destrozada,  
Otra vez de sus huessos divididos,  
De su carne hecha polvos, a quedarse  
Buelve como antes, porque desta suerte  
Objeto eterno sea de los ferozes  
Verdugos, que implacables  
En tormento tan fuerte  
Assí se ocupan, sin cessar atrozes  
En castigar sus vicios insaciabes.

Porque este fue un varón, que la edad cana  
Le sirvió sin enmienda  
De sólo envejecerse en nuevos vicios;  
Porque bruto sin rienda,  
Como en la mas lozana,  
Saciar quiso con nuevos artificios  
La carnal grossería  
De su lasciva obscena hidropesía,  
Queriendo en la invención destes empleos  
Con pólvora apagar su activo fuego,  
Y ver, con ser mas ciego,  
Muerto el vigor, y vivos los deseos;  
Con ellos acabó bárbaramente,  
Sin que los desengaños  
De tantos muertos como vio en sus tiempos,  
De su muger, su casa, y sus amigos,  
Bastaran en sus torpes passatiempos  
A que en los gritos de sus viejos años  
Oyera la verdad destes testigos,  
Ni menos a las ansias, y dolamas

De la vejez precisas,  
De achaques, de desprecios, y dolores;  
Porque solo sacó de sus rigores,  
Soplando con su antojo sus cenizas,  
Dellas prender otras mas nuevas llamas;  
Y assí, desde aquel otro  
Equleo de la cama en que penaba,  
No hizo mas, que passando a sus Regiones,  
Mudar de sitio, y empeorar de potro:  
Por lo qual, como viejo en sus passiones,  
Jamás dellas se hartaba,  
De nueva sed sediento,  
Allí en este linage de tormento  
Assí paga el delito  
De la insaciable sed de su apetito.

Allí está aquel también, que huyendo esquivo,  
En una hornaza aparte retirado,  
Sin verdugos visibles, ni tormentos,  
En sí propio enredado,  
Desasirse pretende fugitivo  
De las que en vivas enlazadas hebras  
Andan en sus ocultos pensamientos  
Víboras, que pariéndolas ansioso  
El corazón rabioso,  
Fieras son matricidas,  
Que al nacer impacientes,  
Antes, que en otro, ardiendo embravecidas,  
En el estrenan sus ingratos dientes,  
Donde, qual esquadron alborotado  
De abexas, numeroso  
Exército se vee desvaratado  
De sierpes, que rabiosas,  
En sus profundas venas  
Varias fabrican lóbregas colmenas,  
En donde unas saliendo, otras entrando,  
Todas le van dexando  
Agrias especies, fúnebres ideas,  
De cuyo jugo amargo,  
En los mas interiores  
Hondos retretes de su oculto seno,  
En continuas tareas  
Panales labran de feraz veneno,  
Mortífero alimento, que del mismo  
Manjar, de que se nutre, se emponzoña,  
Porque assí en aquel largo

Trabajo interno de su eterno abismo,  
Sea el Artífice él mismo, que por dentro  
Fabricando esté ansioso en la espelunca  
De su invisible centro,  
En sus propios discursos su ponzoña,  
Para matarse, sin morirse nunca;  
Porque aviendo acá sido  
Muy sabio, y entendido,  
Malogrando sus letras, y su juicio  
En el vago ejercicio  
De deseos, quanto torpes, exquisitos;  
Assí en este linage de castigo  
Paga allí estos delitos  
En esse enxambre inmenso,  
Que de varias culebras trae consigo.  
Y en esse horror oculto, quanto intenso,  
Tan estraños tormentos,  
Quantos fueron sus locos pensamientos.

Assi a otros infinitos delinquentes  
En estas mismas culpas vergonzosas,  
Viendo iréis en suplicios diferentes,  
Que al molde de sus crimines vaciados,  
En ellos gimen, siempre atormentados,  
Sin que la batería de sus copiosas  
Lágrimas incessantes,  
Ni por breves instantes  
Puedan docilitar con sus corrientes  
La indomable entereza  
Del inflexible horror de su dureza.

Desta triste mansion a poco espacio,  
En la eminencia de un tostado risco,  
Destas olas continuo batidero,  
Otro veréis funesto calabozo,  
Y en su Portico obscuro este letrero:  
*Dilatado Palacio*  
*Del servicio de Dios, y de los Reyes,*  
En cuyo alto obelisco  
Tantos veréis sangrientos artificios,  
Quanto es el numeroso  
Comercio que padece en sus suplicios;  
Porque los que allí habitan las internas  
Desta cárcel larguísimas cabernas,  
Son hipócritas sólo, y malos Juezes,  
Que unos, y otros fingiendo

Observancia en las leyes,  
De la de Dios, y el Rey se respaldaron,  
Para alcanzar sus baxos interesses,  
Lograr sus gustos, y vengar passiones;  
Y assí unos, y otros, siendo  
De unas mismas geminas condiciones,  
Unos, y otros también se fabricaron  
Vivir una prisión, y en sus cadenas  
Juntos gemir en unas propias penas.

Alli está aquel, que huyendo desalado  
De aquellos Lobos, que le van siguiendo,  
Trepando va a un peñasco pedregoso,  
Por juzgar engañado,  
Que a su cumbre subiendo,  
Sin estorvos podrá librar mañoso;  
Mas al verse ya en ella,  
No sólo no lo logra, mas medroso,  
Della se buelve a echar precipitado,  
Porque en la altura della  
A recibirlo sale prestamente  
Una esquadra de Hienas, y Panteras,  
Hambrientos Leones, y otras muchas fieras,  
Que al embestirle todas de repente,  
Es tal el susto, que a su miedo assalta,  
Que sin ver al assombro del atajo  
En caída tan alta,  
Ni en la hondura de un fosso que ay abaxo,  
Arrebatado de su cruel congoxa,  
A él de essa cumbre su pavor lo arroja;  
Mas dando en un inculto  
De áspides venenosos hormiguero,  
Apenas en él cae, quando rabiosos  
Dél se aferran, y ansiosos  
Arrastrándole van embravecidos  
A otros cóncavos hondos de sus nidos,  
En cuyo alvergue oculto,  
Recamara medrosa deste otero,  
Con una hambre incessante, quanto ardiente,  
Pastando del están eternamente,  
Padeciendo esto, porque acá ambicioso  
Fue este un juez insolente, y afectado,  
Que por lograr ansioso  
Otro puesto mas rico, y elevado,  
No hubo robo, maldad, traición, chimera,  
Que mirando a este fin, no cometiera.

Y juzgando engañado hallar sosiego  
En su deseado Puesto, y conseguido,  
Apenas a él subió, quando encontrando  
Nuevo desassossiego,  
Espoleado de nuevas inquietudes,  
Otros mil artificios fabricando,  
Por gozar sus fantásticas quietudes,  
Taland Reynos, con falseado zelo  
Del Real servicio, por su loco anhelo,  
Por último fue a dar a un precipicio,  
Y dél a esse suplicio,  
Donde en un hormiguero de deseos,  
Tantos comen dél áspides vorazes,  
Quantos fueron tenazes  
Sus locos devaneos:  
Y quantas con pretextos de justicias,  
Leyes falsificó, texió injusticias.

Allí también baxando veréis triste  
A otro, con tardos passos impedido,  
Una escala compuesta de cambrones,  
Que va a dar a essas grutas, en que assiste,  
Llevando detenido  
Su martyrio más fiero en su pereza,  
Y en las espinas de sus escalones,  
Sus verdugos mas crueles,  
Padeciendo esse modo de tormento,  
Porque este fue un hipócrita, que austero,  
Sirviendo a la ambición, y a la codicia,  
Labró con melancólica aspereza  
Essa escala medrosa  
De espinosos cordeles,  
Que va a dar a esse lóbrego terrero,  
Porque en la fabulosa  
Modestia vana de su encogimiento,  
Verdugo de si mismo,  
Por las abiertas sendas,  
Que al Cielo salen, él baxó al Abismo,  
Porque sirviendo astuto a su avaricia,  
Puso en las Aras della por ofrendas  
Sus ayunos, haziendo su lacería,  
Que a un tiempo se mandassen  
Por una puerta propia,  
Su impiedad cierta, y su fingida inopia;  
Su vana castidad, y su miseria,

Y que a esta administrassen  
Con una remedada parsimonia  
Los temores de gastos, sus retiros,  
Y la aceda acrimonia  
De su propia esquivez falsos suspiros,  
Y su ambicioso anhelo  
Un irritado, y bien fingido zelo.

Allí está aquel también, que quando sube  
Por essa escala, que a los Cielos mira,  
Tanto mas desde lo alto de una nube  
Buelve a baxar con ira  
Al de una fossa cóncavo profundo,  
Porque aviendo en el Mundo  
Hecho escalas para otros,  
Que por ellas subieron a la Gloria,  
Por ellas mismas baxa él al suplicio  
De esos agudos potros;  
Pues avi'ndose muchos gobernado  
Por su cuerda doctrina, y advertencias,  
Y sus haziendas, y disposiciones  
En sus manos dexado,  
Ellos asseguraron sus conciencias,  
Y el en el dulce de Albacea exercicio  
Aumentar su riqueza transitoria,  
Conque assí por los mismos escalones  
Que hizo para que al Cielo  
otros subiessen, a él su vil codicia  
Lo arrebató de un buelo,  
Con el ayre sutil de su malicia,  
A llorar a essas fúnebres Regiones.

Deste Alcázar saliendo a pocos passos,  
Otra vereis larguíssima morada,  
Fabricada de lazos,  
Y esta letra en su Portico gravada  
Colegio cruel de la Sabiduría,  
En cuyas hondas classes, calabozo  
Desta Universidad de fantasía,  
Tantos potros veréis, y tan acervos,  
Quántos son los furiosos  
Locos, que en ellos gimen más protervos.

Allí veréis Letrados (Linces ciegos)  
Oradores, de flores Hortelanos,  
Mañosos Palaciegos,

Theólogos estadistas,  
Risueños Consejeros,  
Benignos Moralistas,  
Truhanes faranduleros,  
Deslenguados graciosos,  
Dulces aduladores,  
Ministros placenteros,  
Tercos artificiosos,  
Agradables traydores,  
Políticos pacientes,  
Sophisticos Logreros,  
Aulicos litigantes,  
Y otros, como estos, sabios ignorantes,  
Que estudiando los Artes de agudezas,  
Aunque tan diferentes,  
En las que el Mundo llama sutilezas,  
Fueron en él tenidos,  
Unos por sabios, y otros por sabidos.

Veis aquellos, a quienes  
Contra unos duros tases  
Otros despedazando están las sienas,  
Unos Theólogos son, que acá falazes,  
Templándose sagazes,  
Por respetos, y baxos interesses,  
Al gusto de Ministros, y de Juezes,  
Con sofisticas vagas opiniones,  
Con manifiestos, y argumentos vanos  
Les dieron pareceres  
Para poder robar, sin ser ladrones;  
Para poder matar, sin ser tyranos;  
Y en la facilidad de absoluciones,  
Blandas patentes, francos passaportes,  
Para baxar sin susto, y con placeres  
Por seguros caminos a essas cortes,  
Y assí porque siguiendo con desvelo  
Más, que a Santo Thomas, a Machiabelo,  
Quisieron, que en los potros de torcidos  
Sophísticos sentidos  
Dixeran los Doctores más Sagrados  
En el tormento cruel de sus fútiles  
Argumentos sutiles,  
Lo que ni assí forzados  
Jamás dezir quisieron  
Ellos atormentados  
De aquellos mismos que se los pidieron;

Assí con ellos pagan las audacias  
De las que del cartón de sus ideas  
Aereas araron Torres sus falacias,  
Sin que a unos, ni otros valgan los pretextos  
De ser sus culpas en virtud de textos.

Porque aqessos verdugos, que penando  
Están con ellos, siempre en las tareas  
De estarlos sin cessar martyrizando,  
Son los que acá buscando  
Opiniones, que hizieran  
Que virtudes sus yerros parecieran,  
Contentándose necios  
Con tener parecer para ser malos,  
Oír no quisieron los callados gritos,  
Que dando estaba siempre a su demencia  
El Theólogo interior de su conciencia:  
Y assí, por los desprecios  
Que hizieron a estas voces,  
Y la burla, y agravios  
A los que como sabios,  
Quando contra ellos cuerdos se oponían,  
La verdad sin lisonjas defendían;  
Ya allí están pregonando sus delitos  
En el vil exercicio  
De verdugos ferozes,  
Y en un mismo suplicio  
Engrillados allí con sus Doctores,  
Pagando los errores  
De aver querido, que a su hipocresía  
Las galas le viniessen  
De la sabiduría,  
Y que humildes sirviessen  
A sus vanas traydoras apariencias  
Los Libros santos, y Sagradas ciencias.

¿Veis aquellos, que ansiosos, por librarse  
De essas grutas, ceñidas de recintos,  
Y de las fraudulentas  
Raposas que los siguen, siempre hambrientas,  
Otras mil vezes buelven a enredarse  
En los zarjales de sus laberintos?  
Essos son los discretos cautelosos,  
Que falsos sincerando sus acciones,  
Jamás obraron sin afectaciones,  
Siendo en sus genios con falaz destreza

El artificio ya naturaleza;  
Y al mismo tiempo en tan plebeyo vicio  
La verdad artificio,  
Porque solo en sus labios se encontraba,  
Quando a sus conveniencias importaba.

Essos otros, que veis atormentados  
Con las mordazas de salamanquesas,  
Son los perjuros, y los deslenguados,  
A quienes solo sus blasfemias locas,  
Y las promptas satyricas vivezas  
De sus ígneas prestezas  
Sirven allí para inflamar con queexas  
Nuevamente la lepra de sus bocas.

Essos que veis, con garfios penetrantes  
Unos a otros sacándose bocados,  
Son los que Gladiatores litigantes  
Unos a otros acá se aniquilaron;  
Y assí, siempre en sus odios abrasados,  
Allí prosiguen lo que acá empezaron.

Passase desta a otra confusa casa,  
No menos, que ella, lugubre, y funesta,  
Que esta, en su misma Plaza,  
Y esta targeta en su portada puesta:  
*Cartel de la codicia,,*  
*Sobervia, y ambition.* En cuyo valle  
Varios veréis tormentos por trofeos,  
Que ajustados al talle  
De los llorosos reos,  
Según fue su malicia,  
Los patíbulos son inexorables,  
En que pagan sus yerros execrables.

Allí veréis aquellos, que bebiendo  
De esos arroyos de oro derretidos,  
Atados gimen a unos recios troncos,  
Porque en sus genios ásperos, y broncos  
Acá siempre viviendo  
De amontonar riquezas, fueron tales,  
Que entrándoles el oro por raudales,  
No se supo saliesse consolado  
De sus casas jamás ni un afligido;  
Y no contentos con tan baxa culpa,  
Bronce sobrando recio en sus durezas,

Para ahuyentar al pobre avergonzado,  
Balas fundieron, fabricaron piezas  
Del rebelde metal de sus entrañas,  
Para que al miedo de los fuertes tiros  
De las malas palabras, nunca osassen  
A gemir en sus puertas sus suspiros;  
Y mudando los nombres por disculpa  
De sus avaras sañas,  
Para que así con ellos se honestassen,  
Vagamundo llamaban al Mendigo;  
Al Vergonzante enfermo, vil, y ocioso;  
Al Inhábil, vicioso;  
Prodigo al Limosnero, y enemigo  
De su caudal, y casa, y por pretextos  
De su miseria avara, aun de sus sobras,  
Añadiendo delitos a maldades,  
Falseados de su insulto,  
Vanidades llamaban las piedades,  
Desperdicios las nobles buenas obras,  
Y hasta profanidad el sacro culto;  
Y assi, en castigo, y pena del engaño  
De su ciega impiedad, eternamente,  
Para su mayor daño,  
Beben, y beberán de esse impetuoso  
Manantial siempre ardiente,  
Porque así en el tormento  
De su potable fuego proceloso,  
En pena de su barbaro delirio,  
De su mismo oro mane su martyrio.

Veis aquellos, a quienes estrujando  
Continuamente están en unas prensas,  
Son los que acá apremiando  
A vassallos, y pobres con gabelas,  
Con multas, con estafas, y cautelas,  
Jamás se olvidó dellos su arrogancia,  
Hasta dexarlos en la prensa dura  
De su tenaz violencia  
Sin una leve gota de sustancia,  
De que nació, que aquellos con paciencia  
Llevando sus molestias, oy se vean  
Ricos de gloria, y estos otros sean  
Sangriento cebo de essa corte obscura.

Aquel, a quien una Águila ligera  
Por los ayres lo lleva arrebatado;

Y tanto, en fin, lo sube,  
Que quedando colgado de una nube,  
Rayo encendido,, desde su alta Esfera  
Una, y mil veces cae precipitado  
Fue un soberbio, ambicioso,  
Arrogante, iracundo,  
Que no cabiendo, terco, y jactancioso,  
En todo el largo espacio deste Mundo,  
Tan poco cabe en las comunes penas,  
Que otros muchos padecen; y assí, airado,  
Suelto de essas cadenas,  
Paga allí sus delitos no ordinarios  
En tormentos también extraordinarios.

Veis esos esqueletos, que cercados  
De platos sazonados, y exquisitos  
De bebidas, y búcaros helados,  
Que estimulan los vivos apetitos  
De su cruel bulimia,  
Y ardiente hidropesia,  
Sin poderlos gozar, porque ligados  
A unas fuertes columnas,  
Solo tienen licencia para verlos,  
Mas no para tocarlos,  
Para que assi en las ansias importunas,  
Que activas les provocan sus antojos,  
Ministros de sus penas sean sus ojos,  
Que a la de procurar satisfacerlos,  
Crezca el rigor de no poder lograrlos.

Essos son los que viles avarientos,  
Verdugos de si propios, siempre hambrientos,  
Que por no disgustar a sus talegos,  
A quienes tan fielmente  
Servían sin bocas, y adoraban ciegos,  
Y en mil baxas ruindades,  
Villanas cometiendo indignidades,  
Se dexaron morir míseramente,  
Siendo los solos que en el desatino  
De las hambres, y angustias, que sufrieron  
En reverencia de su vil codicia,  
Y honor de su avaricia,  
Han descubierto desde acá el camino,  
Para poder, mudando territorio,  
Irse al Infierno desde el Purgatorio.

A este modo en suplicios, potros, prensas,  
Fulgúreas llamas siempre inextinguibles,  
Lagos, y hornos disformes,  
Viendo iréis por sus cárceles inmensas  
Tan distintos tormentos, que aunque horribles  
Sean en lo accidental, tan diferentes,  
Son a este tiempo mismo  
Todos en lo esencial tan uniformes,  
Que el menos afligido recibiera  
Las de quantos allí por tantos modos  
Padecen los más tristes delinquentes,  
Por no penar en la que lloran todos,  
Que es la de daño, sobre todas fiera;  
Pues a ser compatible  
No estar en este Abismo  
En desgracia de Dios, quantas ay penas,  
Por una eternidad de eternidades  
Se cambiaran con gusto, y con ganancia,  
Fuera aquel fuego entonces apacible,  
Blasones sus cadenas,  
Sus sombras claridades,  
Su corrupción fragancia,  
Sus rigores alhagos,  
Y alegres huertos sus profundos lagos.

Y bien como aquel horno formidable  
De Babylonia, imagen deste eterno,  
Que al rechace pueril de tres clamores  
Perdió su actividad inexorable,  
Porque aquel ayre tierno,  
Que en los Divinos loores  
De su eco salía Cephiro apacible,  
Uracán era horrible,  
Que apagando los rápidos olages  
De sus ígneos plumages,  
Quanto subían sus llamas más velozes,  
Melladas en el muro de sus voces,  
Mas sin fuera quedaban embotadas,  
Y arqueándose flexibles, a las brizas  
De su respiración yertas sus brasas,  
De aquellas mismas lenguas, que empinadas  
Casi a ahumar las Estrellas se subían,  
Rendidas al clamor de los tres Niños,  
Con corteses cariños,  
Ya dorados sitiales les texían,  
Y alfombras matizadas los rescoldos,

Y ya las llamas Magestuosos toldos,  
Porque donde se alaba, y no blasfema,  
Con devota armonía  
De Dios el Nombre Santo,  
O una Imagen de su Hijo a verse llega,  
Ni el fuego abrasa, ni el incendio quema;  
Ni donde ay un Retrato de María,  
Como se vio en la Zarga, siempre fresca,  
Puede aver triste llanto,  
Ni mal que prevalezca;  
Pues aun el mismo fuego,  
En vez de consumir, se buelve riego;  
Y esta es la gran desgracia  
Desta negra espelunca,  
No sólo estar sin Dios, y sin su gracia,  
Mas no poder llamarle, ni ya nunca  
Ver siquiera su Imagen, que bastara  
Aun en los del Abismo Mongibelos,  
Para que en sus mayores desconsuelos  
El rigor en deleyte se mudara.  
Porque es tal la ponzoña del pecado,  
Que siendo tal de Dios el amor fino,  
Que lo abatió a ser Hombre, porque el hombre  
Se subiesse a Divino,  
Y a morir por su bien Crucificado;  
Es tanta de la culpa la malicia,  
Porque la mía se assombre  
Desta causa, mas fiera, que sus daños,  
Que aviendo a todo un Dios casi forzado  
A labrar este horror para oficina  
De su recta justicia,  
Ha mas de seis mil años  
Que se está deleytando,  
Sin que lo estorve su piedad Divina,  
En estar atizando  
Destas hogueras las activas brasas  
Con el ímpetu ardiente de sus iras;  
Sin que por un instante  
Aya el continuo soplo detenido,  
Ni el cordel encogido,  
Ni a los que alli se abrasan en las pyras  
De sus crueles hornazas,  
Buelto a mirar jamás con blandos ojos;  
Porque es tal el calor con que incessante  
Provocando a su enojo está la culpa,  
Que siendo tantos los que allí afligidos

Eternos dan gemidos; Aunque ya sin disculpa,  
De ninguno se olvidan sus enojos,  
Cuidando tanto su justicia ardiente  
Del menos delincente,  
Como si en aplicar a este el castigo,  
Toda su honra estuviera,  
Y en afligir a solo este enemigo,  
El tomar en su alianza  
Satisfacción, que fuera  
Una así en todos general venganza.

¡Ay Señor! ¡Ay Señor! ¡Ay Padre mío!  
Mi alma, mi ser, mi honor, mi luz, mi amparo,  
Mi asylo, mi reparo,  
¿Qué error ha sido el mío?  
¿Qué necio desvarió  
El de mi loco arresto?  
Si pintado solo esto  
En un pedazo de papel escrito,  
Así a su estruendo el alma se horroriza,  
El pecho se conturba,  
El corazón se eriza,  
La voz se pasma, y el valor se turba:  
¿Qué será? ¿Qué será, quando en el teatro  
De esse obscuro Baratro  
Empieze un infeliz por experiencia  
A saber a que saben los venenos,  
Que con loca demencia  
Despreciaron acá sus ceguedades,  
Y ciegos pretendieron sus delitos  
Por una eternidad de eternidades?  
¡Ay de mi! que encantado  
De mis Mágicos falsos apetitos,  
De modo he contemplado  
En darles todo gusto,  
Que así rendido a su menor guiñada,  
Puntual he obedecido sus decretos,  
Como cuerdo pudiera  
Los Divinos preceptos,  
O como que mi dicha consistiera,  
O estuviera cifrada  
En nuevos crimines, y en ellos mismos  
Escapar de esos lóbregos Abismos.

Serví, serví, Señor, loco, y protervo  
A Babylonia cruel, bebí en sus Lagos,

Puse casa en Cedar, y no contento  
De gozar como siervo  
Las migajas, y afrechos  
De sus parcos, y míseros alhagos,  
Hartéme jubilado en sus vanderas,  
De vellotas grosseras,  
Y glorioso en su lista,  
Arrojéme de pechos  
A estar siempre bebiendo en mis letargos  
De sus cálices, dulces a la vista,  
Y a la experiencia amargos,  
Y haziendo mi delirio  
Gala de los cilicios,  
Deleyte del martirio,  
Frenético en mis vicios,  
Queriendo con las sombras de los cienos  
Satisfacer la ardiente hidropesía  
Que de nuevos venenos  
Ardía siempre en la mía,  
No contento en mis llamas inmortales  
De beber, y bañarme en sus raudales,  
Apenas salía dellos, quando ansioso  
A sus corruptos charcos me bolví,  
Y en ellos saboreándome gustoso,  
Bolví ansioso por una, y muchas vezes  
A lamer los assientos de sus hezes.

Assí viví, Señor, aqueste ha sido  
El miserable estado, y la dolencia  
A que me ha reducido  
Aun mas, que mi ignorancia, mi demencia.  
Dexeos, Señor, dexeos, y adulterando  
El thálamo de esposa, torpe bruto,  
Vuestras supremas leyes quebrantando,  
Parece que hize ley, por estatuto,  
No solo de violar las vuestras santas,  
Sino de hollarlas con mis impías plantas;  
Y en su lugar poniendo mi despecho  
Las de mis insolentes exercicios,  
Arrojéos de las aras de mi pecho,  
Y a los Ídolos falsos de mis vicios  
En medio dél, y de sus hondos Mares  
Excelsos levanté, fabriqué Altares,  
Y en ellos colocando mis prisiones,  
Por trofeos de mis bárbaros insultos,  
Convirtiendo mis crímenes en cultos,

De mis delitos hize sacrificios,  
Y de mis sacrilegios oblaciones.

Rompí, en fin, vuestra imagen, y cerrando  
A vuestras dulces voces,  
Qual áspid, los oídos,  
Rendíme solo a los que, inmundos Dioses,  
Hazer Infiernos pueden, y dexando  
Al Dios, que hizo los Cielos,  
Encantado adoré, como a Deidades,  
En falsos simulacros de maldades,  
A la soberbia cruel, torpe lascivia,  
Y en el tyrano Imperio  
De su funesta venenosa Libia,  
Pastando en sus Volcanes ponzoñosos,  
Y haciendo libertad del cautiverio,  
Por Palacios, viví sus calabozos;  
Con que a vista, Señor, de horrores tantos,  
No me queda en tan bárbaras trayciones  
Más, que esperar el ir a alternar llantos  
Con los Judas, Tyberios, y Nerones;  
Pues assí ebrio como ellos,  
Siguiendo sus caminos formidables  
En las culpas tan ciegas, como atrozes,  
De mis locos empleos,  
Aun más delitos cometí execrables,  
Que respiré resuellos,  
Porque ni estos pudieron, por velozes,  
Alcanzar al furor de mis deseos.

Pero aun assí, Señor,, con vuestra gracia,  
Sin temores de audacia,  
A vuestros pies contrito,  
O deseoso de estarlo, ya que tales  
Sean mis culpas desleales,  
No he de incurrir en el mayor delito  
De no esperar confiado  
En esse Mar inmenso de piedades,  
En cuyo amor, Abismo dilatado,  
Más, que en aquellas frágiles espumas,  
Desvanecerse pueden mis maldades:  
Sí, gran Señor, porque aunque sean las sumas  
De mis atrocidades tan patentes,  
Sé que ni aun sus torrentes  
Apagar pueden con sus muchas aguas  
Essas de amor inextinguibles fraguas.

Y si no, aunque de passo,  
Pongamos, Señor, caso,  
Si antes de revelar en bienes tantos  
Por los Profetas, y Patriarcas Santos,  
De vuestra Encarnación el admirable  
Mysterio inexplicable,  
Un edicto, o decreto publicara  
Vuestra prodiga Real magnificencia,  
En que llamando al Mundo, le franqueara  
Todos los bienes de su Omnipotencia,  
Mandando, le pidieran los favores,  
Y mercedes mayores,  
Que cada uno escogiera, prometiendo  
El no negar ninguno, y ofreciendo  
Otorgar luego por distintos modos  
Quantas franquezas le pidieran todos;  
Por mas que el desatino, y los antojos  
De los deseos del hombre en sus arrojos  
Se huvieran excedido,  
Quien se huviera atrevido,  
Sin el crimen mayor, que ser pudiera,  
A pedir, se humillara  
Vuestra excelsa grandeza  
A nuestra humana vil naturaleza,  
Que en un Portal naciera,  
Y afrentado, y herido cruentamente,  
En una Cruz pendiente,  
Por ultimo espirara,  
Y que, en fin, por los mismos  
Verdugos se quedara,  
Para tratar con ellos, disfrazado,  
Hecho alimento en pan Sacramentado?

Claro está, que ninguno,  
Por mas loco que fuera, o importuno,  
Y esto que no cupiera  
Ni aun en los barbarismos  
De una loca sacrílega osadía,  
Ni en toda la embriagada fantasia  
Del hombre, y sus engaños,  
Cupo allá en vuestro amor, porque se vea  
Que aquello mismo que caber no puede  
Aun en los desatinos mas estraños,  
Por lo que sabio excede  
A toda humana idea,

Cabe, sin repugnancia, en las firmezas  
De esse piélago inmenso de finezas.

Luego no será mucho,  
Que aun quando la violencia  
De las mortales culpas en que lucho,  
Y que vuestra paciencia solo sabe,  
Desahucien de remedio a mi dolencia,  
Aun firme en vos espere mi bonanza,  
Si, porque aquesto mismo, que no cabe  
En mí, sin nueva ofensa a la esperanza  
Puede caber, y cabe en los decretos  
De esos finos de amor hondos secretos.

Más diréisme, Señor, que esto se entiende,  
Quando al candor de la justicia santa  
La caridad no ofende;  
Mas que quando en peligro de sus glorias  
Su integridad peligra, o se quebranta  
Como aquesto no es dable  
En vuestra rectitud inaccessible,  
Tampoco es compatible,  
Que la piedad, que es della inseparable,  
En riesgo della, cante sus vitorias.

Mas contra esso, Señor, dadme licencia  
A que por parte de vuestra clemencia  
A vuestro justo enojo, y su ardimiento  
Le ponga mi interés este argumento:  
Si sobraba caudal en la mas leve  
Gota de vuestra sangre generosa:  
¿Qué digo en una gota? En solo un breve  
Tierno suspiro, o lagrima amorosa,  
Para satisfacer a la ofendida  
justicia en sus agravios encendida,  
Y al mismo tiempo ahogar quantos delitos  
Tener pudieran Mundos infinitos.

Luego en tcdos los otros tan violentos,  
Como estraños tormentos,  
Parece que a la deuda su venganza  
Se excedió en la cobranga;  
Y sin duda fue assí, para que quando  
Quiera vuestra justicia en su querella  
Ir a la mano a la piedad Divina,  
Al verla recogiendo, por trofeos

De essa de caridad tierna oficina,  
A pecadores tan indignos della,  
Diziendo, que es exceso, y alegando,  
Que es como hazerle ofensa,  
Perdonar tales reos,  
Hablar no pueda, y antes mas constante  
La piedad, si triunfante  
Replicarse a si pueda en mi defensa.

Justicia soberana, pues yo muda,  
Sin poner embarazo  
Al recio golpe de su espada aguda,  
Dexé assí descargar el duro brazo,  
Contra el que es solo justo,  
Y a vista de la causa, y su processo,  
Callé, viendo matar a un inocente  
Por la culpa de un reo,  
Calla también tu a vista deste exceso;  
Y sin poner estorvos a mi gusto,  
Que en sus perdones tiene su recreo,  
Déxame aquí dar vida a un delinquente.

Mas si acaso, Señor, porque tan ciego,  
Destas mismas piedades abusando  
Tan tarde a vos me llevo,  
Oy como a Virgen perezosa, y necia,  
Vuestro irritado enojo me desprecia;  
Tarde era también, quando  
De vos fueron llamados  
Los otros jornaleros descuidados;  
Y no por serlo, Vuestra Real grandeza,  
Dexó de darles con piadosa mano  
Aquel mismo jornal, que su franqueza  
Dio a los que tan temprano  
A servir empezaron officiosos;  
Mas ya os oygo dezir, que aqueste texto  
Mas, que en mí abono, contra mí es, supuesto  
Que aquellos, aunque tarde, y perezosos,  
Sirvieron unas horas, yo ninguna,  
Y que assi no merezco paga alguna.

Mas contra esso, Señor, aunque assí todas  
Las sendas se me cierran, tengo yo una  
Por donde hallaros cierta,  
Que es la de vuestra Madre franca puerta,  
Porque si por llegar tan a deshora,

Vuestra justicia airada me despide,  
Tampoco allá en las bodas  
Era hora del socorro, que piadosa  
Hizo esa misma mano poderosa,  
Y, sin embargo, intermediando Pía  
Vuestra Madre amorosa,  
Tuvo en vuestra obediencia,  
Que con su voz se mide,  
Fuera de ejecución la misma escusa,  
Porque con el amparo de María,  
Siempre es tiempo oportuno, siempre es hora  
De hallaros solo con vuestra clemencia,  
Pues no solo jamás a ella se escusa,  
Sino que a la atención de sus respetos  
Todos los tiempos quedan dispensados,  
Y aun también revocados  
Los derechos, y ley de sus decretos,  
Porque ay contra ellas otra de mas fuerza,  
Que todas las revoca,  
Porque a todas prefiere,  
Sin que por ella su justicia tuerza,  
Que es la de no poder, ni tener boca  
Para negarle cosa que pidiese,  
Con que con tal seguro, nunca es tarde,  
Ni dexa de ser tiempo  
De no esperar sin miedos de cobarde,  
Que por su intercession, sin contratiempo,  
Haga vuestro amor fino  
Oy en mi conversion mayor milagro,  
Que fue el del agua en vino.

Y pues assí, Señora, retraído  
En vuestro Sacro Templo, en él rendido,  
Mis lágrimas por víctima os consagro,  
Recogedlas, haziendo en vuestro oficio,  
Que el que es desahogo, se haga sacrificio;  
Parque aunque mas me intimen los temores  
De mis temosos locos barbarismos,  
Que estoy ya sin remedio, y mis errores  
De mi muerte el decreto me lean claro,  
Aun viéndome ir a echar en los Abismos,  
He de esperar, Señora, en vuestro amparo,

Porque no solamente  
Se hizo del el Refugio  
Para el arrepentido penitente,

Sino para que en él también por este efugio,  
Aun los ya por precitos reputados,  
Entren en cuenta de predestinados;  
Que por esso no solo el tierno Esposo  
Os encargó el Rebaño de corderos,  
Símbolo de los justos;  
Sino que fino os manda, y amoroso,  
Para que os conozcáis en vuestros fueros,  
Que apacentéis también el de cabritos,  
En que están figurados los precitos.

Con que si yo consigo ya sin sustos  
Oy coger a vuestro Hijo en vuestra casa,  
No teniendo allí manos la amenaza,  
Seguro tengo en ella mi remedio,  
Pues embotado en este Escudo fuerte  
De su desnuda espada blando el filo.  
No tendré ya, ni a vista de la muerte,  
Ni riesgo que temer con este asylo,  
Ni bien que no esperar por este medio.

Y pues del Tribunal mas soberano  
De la piedad, con prevención tan diestra  
Vuestro Hijo hazeros quiso Presidenta,  
Porque ninguno salga de su mano,  
Que primero no passe por la vuestra,  
Ya que dichoso oy en su Altar me miro,  
Merito haziendo de mi propia afrenta,  
En el clamo, en él lloro, en el suspiro,  
Y a vuestros pies rendido,  
Despreciando el temor de mis maldades,  
No solo en ellas fundo la sentencia  
De ser en vuestro amparo oy admitido,  
Sino que en vuestra Audiencia,  
En el concurso de vuestras piedades,  
Tengo el derecho de la preferencia.

Porque si mis delitos, oy, Señora,  
Por únicos, y atrozes,  
Indigno me hazen de que oygáis mis voces,  
Si esso mismo, que me haze mas indigno,  
Es la prueba de mas necesitado,  
El demérito mismo me mejora,  
La misma indignidad me haze el más digno,  
Y el no tener derecho me da grado.

Conque assí muy bien puedo  
Ya, Señor, oy sin miedo  
Por rumbo tan feliz como seguro,  
No solo no temer, por mi desgracia,  
Ir a llorar en aquel Reyno obscuro,  
Sino que buelto a vuestra santa gracia,  
Poniendo ya desde oy con tierno pecho  
En essas camas lúgubres mi lecho,  
Con la contemplación de sus horrores,  
Me haga, perseverando en sus temores,  
Que mudado en rescate el cautiverio,  
Mi descanso eternize en vuestro imperio,  
Para que ya desde hoy, sin las que nieblas  
Brillan solo en mis rudas ceguedades,  
Sirviéndome de luzes las tinieblas,  
Para elevarme en sus profundidades,  
Hacha me sea, Señor, esta memoria,  
Que feliz me conduzga a vuestra Gloria.

AMÉN.

CONCLUSIÓN.

Mas la pluma, Discurso, suspendamos,  
Y en su lugar el buril busquemos  
De la contemplación, con que rompamos  
Del pecho el pedernal, y en el gravemos  
Esta memoria, y con su fino llanto  
Su dureza ablandemos  
Para que a vista de peligro tanto,  
Nos sirva el mismo Infierno  
De escala para el Reyno sempiterno.

AMEN.

SONETO.

No el morir, Señor, siento en mis pavores,  
Si el no morir entre hornos, y suplicios,  
Donde no, como oy, vagos sacrificios,  
Voluntarios te dieran mis dolores.

Mas ya que indigno soy destos favores,  
Gustoso muero aun en mis precipicios,

Porque faltándoos yo, y en mi mis vicios,  
Pueda dormir ya tu ira sin temores.

Mas pienso se ha de hallar sin la porfía  
Deste tenaz verdugo tu clemencia,  
Como huérfana ya desde este día.

Pues no aviendo en mil Mundos insolencia,  
Que a mi maldad iguale, sin la mía,  
Parece estará ociosa tu paciencia.

## NOVÍSSIMO DE LA GLORIA

### HYMNO.

Corte Celestial, Ciudad de vivos,  
Noble Tierra de honrados,  
Donde los desterrados,  
De Babylonia míseros cautivos,  
Al ir subiendo a tus alegres salas  
Por las fuertes escalas  
De tus Divinas observadas leyes,  
Se veen, de esclavos, coronados Reyes,  
En donde ya seguros,  
Deshechas sus prisiones,  
Y escalados sus muros,  
En festivas canciones,  
Dándose enhorabuenas,  
Alegres cantan sus passadas penas.

Saludan tiernos su ya enjuto llanto,  
Y con acorde canto  
Celebran, no temer sobresaltados,  
Como acá amenazados  
En dudosa partida,  
Las contingencias de una eterna suerte,  
Las precisas molestias desta vida,  
Los forzosos assombros desta muerte;  
Sino que ya sin susto  
Saben que han de gozar en fixo gusto  
De aquel sin noche día feliz eterno,  
De aquella Primavera sin Verano,  
De aquel País sin Invierno,  
De aquel temple tan sano,

Que en él eternamente,  
Ni enfermedad se siente,  
Ni que es dolor, ni emulación se sabe,  
Porque por varios modos,  
Solo hablando de amor la lengua suave,  
Es amor solo en lo que entienden todos.

No ay allí ya ninguno,  
Que a otro fin mire, que al que yo deseo,  
Porque ya los espíritus en uno,  
Todos logran en uno un mismo empleo:  
Mi gusto, y mi alegría  
Es de todos el gusto, y conveniencia  
De todos la de todos, y la mía;  
La suya como mía, sin diferencia;

Ya allí todo es salud, todo riqueza,  
Ingenuidad, verdad, paz, abundancia,  
Nobleza sin jactancia,  
Descanso sin pobreza,  
Hartura sin hastío,  
Sin rezelos privanza,  
Finezas sin resfrío,  
Amistad sin mudanza,  
Sabiduría sin duda,  
Reyno sin contingencia,  
Porque, ni en ti la eternidad se muda,  
Ni con los tiempos tiene dependencia,  
Sino que en una eternidad tranquila  
Muchas en una glorias recopila;  
Sin que en el, como acá, ya día se vea  
En su puntual tarea  
Amanecer la luz, de que se viste,  
Dulce para unos, y para otros triste.  
Ya allí la juventud no se envejece,

Ni axada la beldad sepulcros vive,  
Como que muerta en vida se aparece;  
O como que a su muerte sobrevive,  
Para ver despreciada,  
Que en su misma vejez anda enterrada.

Ya allí no en sombras la verdad se estraga,  
Ni caduco el discurso se entorpece,  
En continua marea de movimientos,  
Ni ilusa la razón ciega naufraga

En este golfo infiel de pensamientos,  
Sin sospechas allí ya los fervores,  
No en continuos temores,  
Quando a su llama anhelan,  
De lo mismo a que aspiran, se recelan.  
Ni allí el amor en su Cenit ardiente,  
Medroso pretendiente,  
En la fuente que bebe,  
A encontrar lo que busca no se atreve,  
Temiendo en sus estragos,  
No menos, que el desprecio, los alhagos.

No allí ya la esperanza  
Combates sufre de desconfianza,  
Ni la pureza ya contradicciones,  
Ni la paz turbaciones,  
Ni la Fe obscuridades,  
Puesto que allí no la ay, y que sin nieblas,  
Son todas luzes, las que acá tinieblas.  
Ni humilde la ternura sequedades,  
Porque en dulces quietudes  
En una reynan todas las virtudes.

Ya allí, no como acá, siempre asustado,  
Recela enamorado  
De su Esposa el Esposo separarse,  
Ni ella del alexarse,  
Ni el amigo del suyo, a quien bien quiere,  
Porque ya en esta Corte soberana  
Nadie enferma, se ausenta, ni se muere.

Allí están Adán, y Eva, Joachin, y Ana,  
Con todos los demás, que con decoro  
En consorcio feliz Justos vivieron  
Allí también en otro dulce Coro  
Abrahan, Isaac, Mónica, Augustino,  
Con los que Hijos., y Padres ser supieron:  
Alli los Machabeos, y otros amigos,  
De la santa amistad fieles testigos;  
Porque en aquellos Payses soberanos,  
El amor, que en sus gozos se eslabona,  
No se destruye, si se perfecciona.  
Solo el llanto, y los males,  
Que acá en este destierro nos aquexan,  
No solo el ser de males allí dexan,  
Sino que en gustos bueltos Celestiales,

De los mismos que acá gimieron llantos,  
Allí concordan sus mas dulces cantos.

Allí está aquel Mendigo, que tropiezo  
Era ayer de las calles asqueroso,  
No ya triste, y ansioso  
Las sobras esperando de algún hueso,  
De la hambre desmayado  
En el vil poyo de un zaguán tirado;  
Sino que colocado,  
Con otros de aquel Reyno Cortesanos,  
En ricos escabeles,  
Sentado está debaxo de doseles,  
Gozando los convites soberanos,  
Que allí se sirven, y con dulce trato,  
Comiendo con los Reyes en un plato,  
Y en una misma taza  
Bebiendo de aquel nectar, que perenne  
Para todos se tiene  
En la abundancia desta rica casa.

Allí miro también aquel Leproso,  
Que espanto de la vista  
Era ayer contagioso,  
Ya en comercio con otros, que en su lista  
Hazer supieron, con lograda ciencia,  
En la chimica fiel de la paciencia  
Coronas de sus plagas,  
Palmas, y timbres de sus rotas llagas.

Allí también está, todo anegado  
En luz fecunda de sabiduría,  
Aquel, que acá servia,  
Por simple reputado,  
A un señor de gracejo,  
Y al vulgo de ridículo festejo;  
Tantos bebiendo arcanos resplandores,  
Tantos sondando incognitos secretos,  
Que todos los Doctores  
Destas del Mundo débiles escuelas,  
Que todos los discretos,  
De las ciencias tenazes centinelas,  
Fueran con el, depuesta su arrogancia,  
Una lóbrega noche de ignorancia.

No menos allí miro al que rendido,  
Después de ser de un rico atropellado,  
En un injusto pleyto mal vencido,  
Y del juez ultrajado,  
Aviendo muerto de necesitado,  
Por pobre, y forastero,  
Y en fortuna tan baxa,  
Que apenas tuvo en su ignorada muerte  
Quien le diera por Dios una mortaja,  
Que ya como Campion fuerte, y guerrero,  
Y en mayor Tribunal lleno de honores,  
Viendo está alegre al Juez, y sus contrarios,  
Que haziendo ostentación de sus errores,  
Políticos Cosarios,  
Cortando están, a cuenta del despojo  
Que del saquearon, galas a su antojo,  
A tiempo que él triunfante  
Vistiéndose está la otra, a quien brillante  
Roer no pudo la broma,  
Ni la del tiempo mas voraz carcoma.

Estos, pues, y otros tales,  
Que pacientes cargando sus prisiones,  
Texer supieron triunfos, y murales  
De continuas espinas, y cambrones,  
Son los que habitan estas Cortes Reales,  
Porque allí no ay quien por sus calles ande,  
Si antes acá en su esfera,  
El pobre, el rico, el sabio, el simple, el grande,  
Humilde trabajando en la Galera  
Desta vida, no supo  
Coger, según el remo que le cupo,  
El rumbo, que va a dar deste desierto  
Al gran Imperio de aquel dulce Puerto.

O Ciudad, de ninguno hasta oy ideada,  
Si aun tan mal bosquexada  
Del carbon torpe de una tosca idea,  
Arrebatas al alma, que te vea  
Desde acá, porque aspire a tu conquista,  
Posseida ¿qué serás? ¿Qué serás vista?  
Si sólo el suelo de essa rica pieza  
Assí al alma embelesa,  
Visto aun desde los lexos  
Destas de Egipto siempre sombras negras,  
Si sólo a un medio amago de reflexos,

En tus Estrellas puras  
Assí al mas triste corazón alegras,  
Y assí con el imán de tus dulzuras,  
Quando el afecto embargas,  
Suaves hazes las penas mas amargas.

Si tanta luz derraman tus fanales,  
Aun columbrados mal por el resquicio  
Del que en el frontispicio  
De tus Porticos Reales  
Se dexa sospechar, sin penetrarlo,  
Assi al animo eleva;  
Qué será, quando dentro, al registrarlo,  
Sedienta el alma de tus luzes beba,,  
Si mil y veinte y dos claras Estrellas,  
Sin las que bordan todo el pavimento  
Del alto Firmamento,  
Son, no solo mayores, que la Tierra,  
Sino que muchas dellas,  
Si la inspección no yerra,  
Son cien veces mayores, y otras menos:  
Quien a esos campos, de esplendores llenos,  
La vista podrá alar, sin que elevado,  
No contemple admirado,  
Al ver tantos vacías en sus espacios,  
¿Quál será el interior de tus Palacios?

Si este Sol nuestro, si esta luz visible  
Es para el ciego en todo inexplicable,  
¿Qué será aquella eterna imperceptible,  
Y a la más lince vista inescrutable,  
En cuyo Reyno, este mayor Planeta  
Apenas fuera palido Cometa?  
Porque ya en esta eterna alegre Casa,  
Es solo quien da luz el Señor della;  
No la del Sol, que escasa  
Conserva su esplendor sólo de aquella.

Este es aquel Gran Dios Omnipotente,  
Eterno Padre, Sabio, y Providente,  
Hijo amoroso, Espíritu Divino,  
Dios Grande, y Verdadero,  
Uno en substancia, y en Personas Trino,  
De una incorpórea, simple, e invisible  
Naturaleza inmensa, inaccessible,  
En quien no ay mas, ni menos de excelencia,

Ni mayor, ni menor, ni preferencia,  
Porque siendo Perfecto sin defecto,  
Fue, y es sin cantidad Grande,, y Perfecto;  
Bueno, sin qualidad; sin tiempo, Eterno;  
Sin engaño, Verdad; Vida, sin muerte;  
Y sin flaqueza, ni accidentes, Fuerte.

Hínchelo todo, y con secreto modo,  
¡Oh campos verdaderos!  
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!  
¡Riquísimos mineros!  
¡Oh deleitosos senos!  
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!  
Sin extension, lo llena sabiamente;  
Y sin contradicción, lo atiende todo;  
En quantas cosas ay está presente:  
Pássalas sin moverse, y está dentro  
De todas ellas, sin fixarse en ellas:  
Críalas todas Sabio, qual conviene;  
Mas sin necessitar de alguna dellas,  
Rígelas sin trabajo, y dale vida  
A la que no la tiene;  
Y en eterna quietud, sin alterarse,  
Múdalas, sin mudarse,  
Siendo Sumo en bondad, e Indefinible,  
Inestimable en la sabiduría,  
En sus consejos siempre Imperceptible,  
Justo en sus juizios, fixos, quanto arcanos;  
Secreto en sus Divinos pensamientos,  
Fixo en sus pactos, Firme en sus assientos,  
Santo en sus obras, Rico en sus piedades,  
Y el que da la bondad a las bondades,  
Paciente con los reos, Inmenso, Eterno,  
Inmortal, Inmutable, y Sempiterno.

Esta es aquella luz eterna, increada,  
De quien todas las luzes luz reciben,  
Aunque en ninguna queda retratada;  
Esta la vida por quien todos viven,  
Esta la claridad, que anima al día,  
Siendo a un tiempo en su próvida alegría  
Sabia sin confusiones,  
Grande sin estatura,  
Alegre sin facciones,  
Y hermosa sin figura:  
Todo lo llena, y con un sabio modo

Nada embaraza, aunque lo ocupa todo.

Si más Mundos, que el juicio idear pudiera,  
Nacieran oy, con otros tantos ojos,  
Para todos tuviera luz sobrada;  
Ni porque oy no tuviera quien lo viera,  
Fuera en si menos, ni sintiera enojos,  
Porque en si tiene su alegría colmada,  
No el poder de los años  
Con el alguno tiene,  
Pues incapaz de daños  
Su vida en si contiene,  
Sin depender de nadie, ni de nada,  
Dél si quanto ay, quanto huvo,  
Quanto ser tendrá, tiene, y antes tuvo.

Si es suave, y apacible  
Para los que lo veen con sanos ojos,  
También justo, y terrible  
Para quantos desprecian sus enojos;  
Porque es sin ceño, Grave;  
Sin interés, Piadoso;  
Sin sabor, Dulce, y Suave;  
Y sin ira, Espantoso;  
No le añade grandeza el largo espacio,  
Ni lo angosto comprime su potencia,  
Porque su providencia  
Tanto atiende al pajar, como al Palacio;  
Ni de consejo, o voluntad varía,  
Ni lo triste le turba,  
Ni lo alegre le da nueva alegría,  
Ni lo adverso lo muda, ni conturba,  
Ni a su memoria puede  
Confusion atreverse,  
Ni alguno a su calor nunca esconderse;  
Puesto que en él, sin nieblas del olvido,  
Ni lo passado passa, ni sucede  
Lo que está por venir, porque sabido  
Lo tiene todo, sabio, distinguido,  
Mirando, y conociendo  
Todos los tiempos, que a su voz se rigen,  
El passado, el futuro, y el presente,  
A quien ningún principio le dio origen,  
Como ni fin, que hallarle alguno pueda.,  
Ni edad que le suceda,  
Sino que eternamente

Descansara en la gloria, en que oy reposa,  
Que es la que se contiene  
En el Divino ser que siempre goza,  
Porque en si mismo tuvo, tendrá, y tiene  
Alabanza perpetua, gloria eterna,  
Potestad suma, y honra sempiterna,  
Reyno sin contingencia,  
Absoluta potencia,  
Y en si proprio sus bienes siempre iguales  
Por infinitos siglos inmortales.

¿Y es possible, alma mía (¡raro mysterio!)  
Que puedes ser capaz, que puedes verte  
(¡O qué inefable suerte!)  
En aquel Santo Soberano Imperio,  
Donde ya, no por sombras, ni resquicios,  
De enigmas, ni de indicios,  
Sino por vision cierta, eterna, y clara,  
A tu Dios has de ver ya cara a cara;  
Y en el gozo feliz de su presencia  
Beber las luzes puras,  
Que en inmensas dulzuras  
Manando están de su Divina ciencia?

¿Possible es, que has de ver en un instante  
Aquel mismo Dios tierno,  
Que de ti enamorado, y fino amante,  
Te tuvo allá en su idea desde ab eterno  
Al que desde ella te previno padre,  
Y al que en el seno oculto de tu madre  
Tu cuerpo fue formando,  
Partes uniendo, y miembros fabricando  
Y al que dandote ser con el Bautismo,  
Entre tantos cautivos  
Como mueren oy presos en su Abismo,  
Te escogió, para andar entre los vivos?

¿Al que en estimación te ha conservado,  
Defendido, llamado,  
Y al que aora actualmente,  
Aun quando escribes esto, está contigo:  
Al que tan fiel amigo  
Te ha sido hasta oy, que aun quando delincente  
Tu le desprecias con más cruel malicia,  
Te anda él como a esconder de su justicia:  
Y al que en aqueste punto, en que arrojando

Está almas tantas en el triste Averno,  
Con esta misma acción te está brindando  
A las delicias de su amor eterno?

¿Possible es, alma mía, que eres sugeto  
Tu capaz de gozar de dicha tanta,  
Que puedes ser electo,  
Para habitar aquella Corte Santa,  
Que puedes ver al Dios, no ya entre velos,  
Que edificó esos Cielos,  
Que hizo todo este Mundo dilatado,  
Y el que con su Divina Omnipotencia,  
Al tiempo que animando está una hormiga  
Con esta misma ciencia,  
Destruyendo está un monte,  
Dándole ser al heno, y a la hortiga,  
Y al ir formando un cruel Rinoceronte,  
Cuentas tomando a innumerables almas,  
A unas dando castigos, a otras palmas.

Y en este mismo instante,  
Al darle cuerpo, y vida a un Elefante,  
Irlle metiendo tintas,  
Ya a la Paloma, ya a la Mariposa,  
Y al Tominejos de doradas pintas,  
Y embebiendo a la Rosa  
En su misma substancia los olores,  
Pezes dando allí al Mar, al campo flores,  
Sin que aya hoja, ni rama,  
Gusano, fiera, o bruto, Ni en el piélagos escama,  
Ni un rústico árbol fruto,  
Ni en el humano juicio pensamiento,  
Ni movimiento alguno,  
Que desde su alto soberano asiento  
No lo tenga contado uno por uno.

Digo, aquel gran Señor indefinible,  
Que siendo todo aquesto, es desto nada,  
Grande en lo grande, Grande en lo pequeño,  
Eterno, Santo, Bueno, Incomprehensible,  
Señor del Mundo, y de la Gloria Dueño,  
Y en fin, alma feliz, que te es possible  
El ver también la humanidad de Christo,  
Que ya otras como tu la avrán oy visto.

Al que nació en Belén, y con cariño

De fino amante tuyo, Se portó como niño,  
Y el que despajes, por sólo el amor suyo,  
Se entregó a los tormentos, fue afligido,  
Infamado, ofendido,  
Y en un Madero vil Crucificado,  
Y al mismo Dios, que en la Hostia rebotado,  
Como un oculto amigo,  
Quando tu quieres, viene a estar contigo.

¿Possible es, alma mía, que esto ser pueda?  
¿Possible es, que tal dicha te suceda?  
¿Que eres capaz de ver (¡O qué consuelo!)  
A la Madre de Dios, a tu Señora,  
A la Reyna del Cielo, Y a la misma que aora,  
Como siempre, tus causas está haciendo?  
¿Si el ver acá su Imagen, o su Copia,  
Basta a enjugar los más copiosos llantos,  
Qué será estar eternamente viendo  
Este amparo sin fin en ella propria?  
¿Qué el de Joseph su Esposo, y otros Santos  
Tus Devotos, por quienes ya en la hoguera,  
Que tanto has pretendido,  
No te ves ya, y en su infeliz caldera,  
Siempre abrasado, y nunca consumido?

¿Mas también es possible, que este inmundo  
Cuerpo asqueroso, escándalo del Mundo,  
Verse puede en aquellas  
Firmes, alegres, diáfanas mansiones?  
¿Que estos pies, hechos solo a pisar cienos,  
Hollar pueden Estrellas?  
¿Que pueden estos ojos, de humo llenos,  
Ver en aquellas cándidas Regiones,  
En aquel otro nunca ideado Polo,  
En un instante solo  
Libre ya de peligros, y desdichas,  
Las que han de ser ya para siempre dichas?

¡Oh nunca bien considerado instante!  
¡Qué de valde te compra en sus lamentos  
El que por ti constante  
Prolixos años passa de tormentos!  
¡Ay dulce Patria mía!  
¡Ay mi Dios, si seré yo tan dichoso,  
Que llegue venturoso  
También a verte algún alegre día!

¡Mas, ay! que siendo el cuerpo tan indigno  
De pisar tus Salones estrellados,  
Lo hallo casi mas digno  
De habitar tus Estrados,  
Que esta alma, que inmundos ejercicios  
Sólo ha sabido, con carnales alas,  
De tus mismas escalas  
Hazer para el Infierno precipicios.

¡Mas ay mi Dios, y Gloria de la gloria!  
Que quanto al verme a mí, temo no veros,  
Aun espero poseeros,  
Quando os veo a vos, pues toda la victoria  
Que esos Justos, que os gozan, alcanzaron,  
Por vos la merecieron;  
Y aunque con su valor la negociaron,  
Este también por vos le consiguieron.

Y assí, aunque yo no sea  
En el certamen desta cruel pelea,  
Como ellos para vos, vos sois el mismo  
Para mí, que para ellos, sois amante,  
Y assí, espero constante  
En esse de piedad profundo Abismo,  
Que por la franca Puerta,  
Que va a dar a ella cierta,  
Que es vuestra Madre, y mi seguro asylo,  
Del Laberynto infiel de mi conciencia,  
Con esse de su amparo feliz hilo,  
He de alcanzar gozar vuestra clemencia.

Pero pues ya dixiste  
Maria, por tu gran dicha, o alma mía,  
No ofendas este Nombre, ni en lo triste  
Su favor desmerezcas,  
En él espera, que has de ver el día,  
En que en aquel de glorias amanezcas.

Assí, Señor, lo espero, assi lo creo;  
Y aun casi, por quien sois, me lo asseguro,  
Aun quando más me veo  
Objeto proprio de aquel Reyno obscuro;  
Pues quando mas indigno  
Del vuestro, debía hallarme en tal estrecho;  
Por esso mismo, a vuestro amor benigno

En algún modo tengo mas derecho.

Si, gran Señor, pues por lo que contemplo  
En esse de piedad glorioso Templo,  
Estoy echando menos  
Un yo, por nuevo honor de vuestro amparo,  
Y es digno de reparo,  
Que estando sus Altares todos llenos  
De milagros de amor, de que se esmalta,  
Yo solo, por el solo delincente,  
No esté entre los demás también pendiente.

Ved que este hombre no mas haze allí falta,  
No ya otro a los blasones  
De la misericordia, y sus bondades:  
¿Qué Hereges, qué ladrones,  
Qué homicidas,, qué reos,  
Qué sacrilegios, robos, ni maldades  
En sus aras no están bueltas trofeos,  
Sirviéndole en contorno,  
No solo de despojos, mas de adorno?

¿Yo solo, por el único en delitos,  
Entre milagros tantos, e infinitos,  
He de poder hazer con mi insolencia,  
Quede vuestra piedad como burlada,  
O como avergonzada  
De que llegué a esquilmar vuestra paciencia?  
Por esto, pues, en mi tenaz malicia,  
Mas, que vuestra justicia,  
Llego a temer, Señor, vuestra clemencia.  
Assí es, pues no contento.  
De encender vuestras iras con mis vicios,  
Hidrópico, y sediento  
De nuevos precipicios,  
Buscándolos también en las quietudes,  
Allá los fui a labrar de las virtudes.

Liga hize, gran Señor, con los Sayones,  
Que os coronaron crueles,  
Quando. con mis propósitos infieles  
Bolvi en escarnio las genuflexiones:  
Si la Cruz os quité por algún rato,  
Sólo fue (¡ay Dios!) mientras en ella abría  
Nuevos barrenos la malicia mía,  
Para crucificaros mas ingrato.

Esto soy, gran Señor, y oxalá fuera  
Esto siquiera, fuera mi execrable  
Maldad assí explicable;  
Pero aunque sea una fiera,  
Y un Dragón, qual ninguno, abominable,  
Por lo mismo, Señor, es honor vuestro,  
Que el enemigo nuestro No se salga jactando,  
Que hubo ya un pecador tan horroroso,  
A quien, por bruto rudo,  
Aun gimiendo., y clamando  
A vuestros pies lloroso,  
Ponerlo en salvo vuestro amor no pudo.

No Señor, gloria es vuestra lo contrario,  
Y que en mi, desahuciado el adversario,  
Reconozca importuno,  
Que pues yo me libré, no avrá ninguno,  
Que triste a vuestras llagas se avalance,  
Que el mismo bien en vuestro amor no alcance.

Y pues David a fieras, y serpientes,  
Como a las mismas gentes,  
A que os alaben llama en sus Canciones;  
Ya que yo con decoro  
No puedo entrar a hazerlo en otro Coro,  
Entraréme a alternar con los Dragones,  
Para que assí se admire un monstruo raro,  
Hasta oy no visto en esse Reyno claro.

Si, Señor, ostentad vuestras piedades,  
Que si de variedades  
Todo esse Imperio grande se hermosea,  
Bien es, Señor, que vea  
En mi lo que hasta aora no avía visto,  
Y que también, absorto el mismo Infierno,  
De una vez sepa en vuestro amor eterno  
Lo que valen los meritos de Christo,  
Y en la ganancia mía,  
Quanto puede el amparo de María.

## CONCLUSIÓN

¡Mas baste ya, Canción, suspende el punto,  
Y adelante no passes

A remontarte a tan supremo assunto;  
Pues si los mismos Cielos incapazes  
Son de anunciar de Dios las sabías obras,  
¿Cómo hazerlo podrás tú en las zozobras  
Deste lóbrego piélago de nieblas!  
¿Qué claridades no serán oscuras?  
¿Qué ardientes Soles no serán tinieblas,  
Para indiciar esas mansiones puras?  
Quando esse Orbe eminente,  
Retórico eloquente,  
A quien sirven de lenguas las Estrellas,  
No empieza a hazerlo, ni con todas ellas.